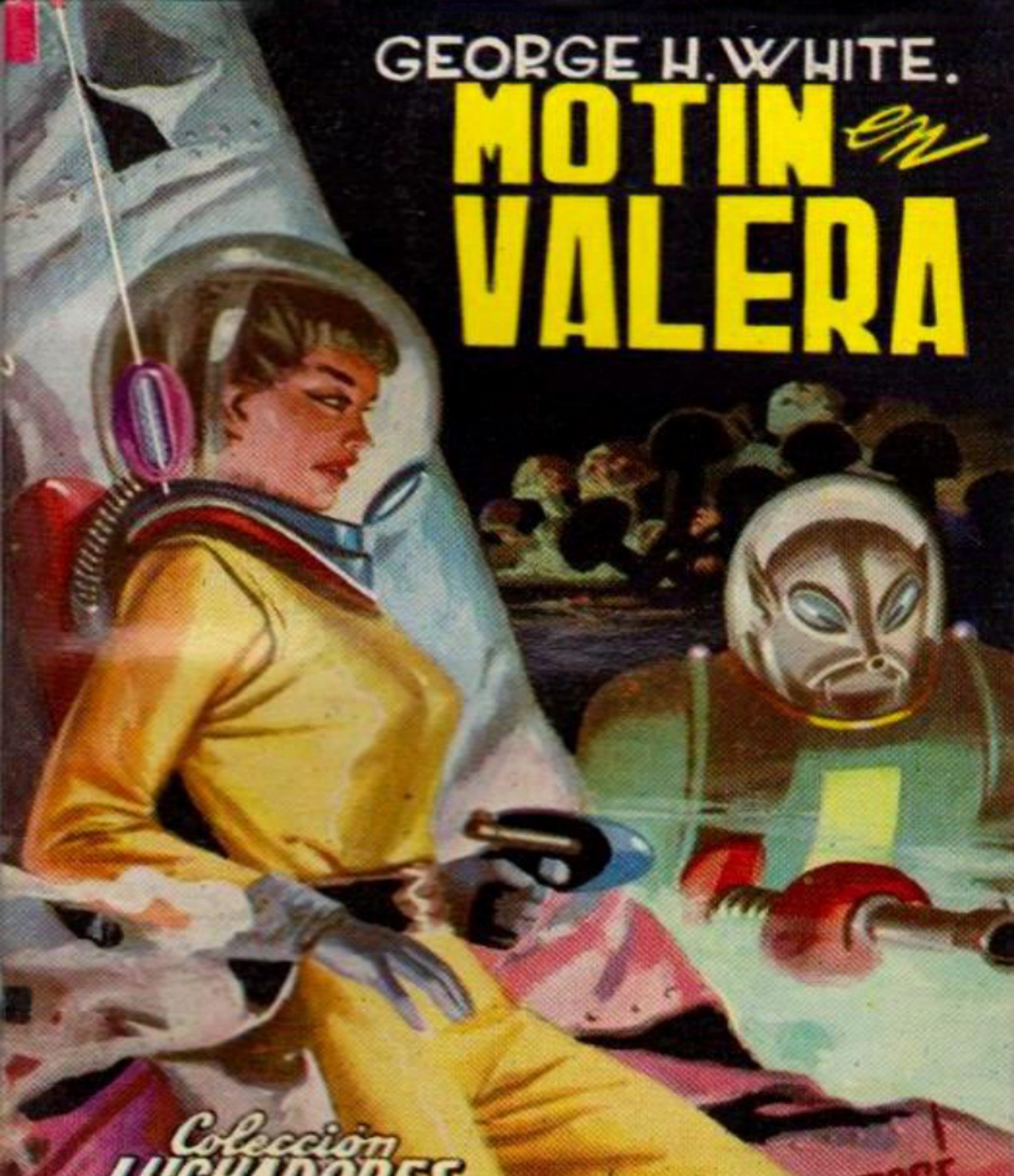
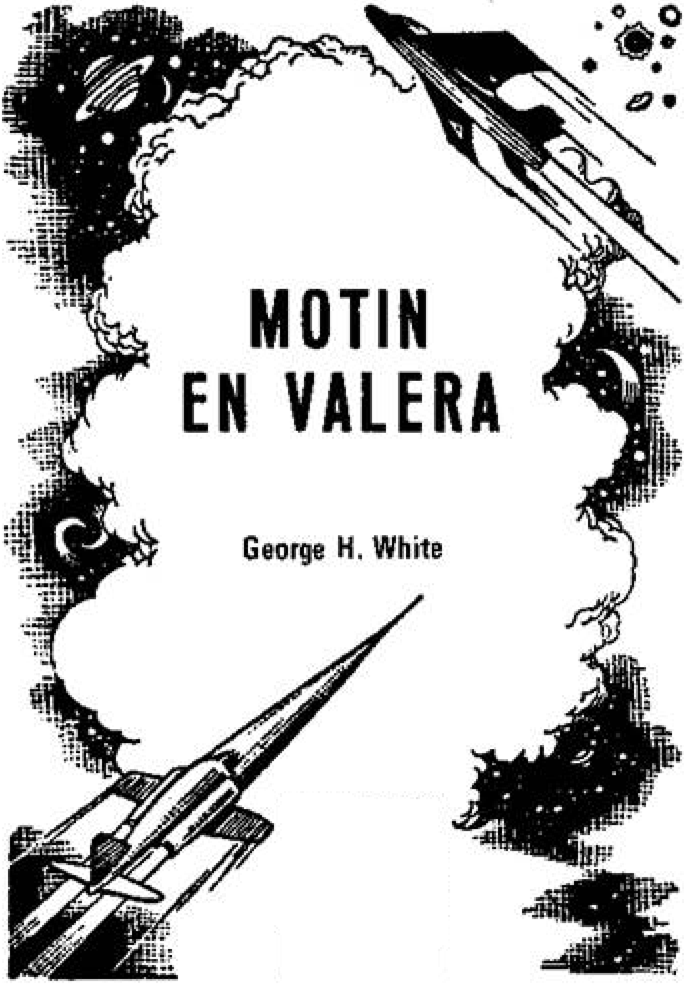

GEORGE H. WHITE.
MOTIN en VALERA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
JOSE LUIS

MOTIN EN VALERA

George H. White



CAPITULO PRIMERO

LA PATRIA DE LA BESTIA

En el observatorio astronómico Norte del planetillo Valera, Miguel Ángel Aznar permanecía de pie, absorto e inmóvil, ante una colosal fotografía que estaba suspendida a modo de un telón en un extremo de la grandiosa sala circular, bajo la enorme cúpula de cristal.

Miguel Ángel Aznar era un joven de 26 años, alto, esbelto, de oscuros e inteligentes ojos y negros y ondulados cabellos. Sobre sus anchos hombros de atleta descansaban holgadamente las charreteras de azul que engarzaban el distintivo más alto a que pudiera aspirar un hijo de la Tierra: los cuatro grandes diamantes en forma de estrella de Almirante Mayor o "superalmirante" de las fuerzas siderales expedicionarias terrícolas, lo cual implicaba a la vez el mando supremo sobre el autoplaneta Valera.

Unos pasos detrás del superalmirante, un grupo de cuatro hombres y dos mujeres examinaban a su vez la fotografía. Todos los miembros del grupo doblaban en edad a Miguel Ángel, a excepción de una muchacha rubia y de extraordinaria belleza cuyos rasgados ojos, de un singular y hermoso color dorado, estaban clavados en la nuca del superalmirante.

Miguel Ángel debió notar sobre él el peso de la mirada de su joven esposa, la princesa Ámbar, hija del emperador Tass. Volviose, y al hacerlo de repente sorprendió la expresión amorosa y admirativa de Ámbar.

- ¿Estás segura, Ámbar? -Preguntó Miguel Ángel arrugando el ceño en un gesto de preocupación-. ¿Crees que es esta galaxia de la Bestia Gris?

La princesa se encogió de hombros.

- No puedo ofrecerte una seguridad absoluta, pero todo indica que fue en alguno de estos planetas donde el aborrecido Hombre Gris vio por primera vez la luz. De haber existido alguna otra galaxia a esta distancia de Nahum mis antepasados la habrían descubierto, y hubieran ido a refugiarse en ella cuando los planetas nahumitas y los thorbod quedaron arrasados después de la guerra que puso fin a la hegemonía de la Bestia Gris.

- Yo no puedo estar tan seguro después de comprobar vuestra negligencia. Aquí, a dos pasos como quien dice de vuestro Nahum, gravita desde tiempo inmemorial un cortejo de planetas donde en otros tiempos habitó el Hombre Gris. Sabíais que estos mundos perderían su radioactividad y volverían a estar en condiciones de ser habitados el mismo tiempo que los vuestros. ¡Y los habéis tenido abandonados, sin destacar aquí una fuerza de vigilancia o venir al

menos con frecuencia para comprobar que la Bestia Gris no había regresado a su patria!

- No hemos encontrado en estos planetas una sola señal del regreso de la Bestia -murmuró Ámbar señalando la serie de grandes fotografías colgadas de la cúpula del observatorio.

- Eso no excusa vuestra negligencia - refunfuño Miguel Ángel-. La Bestia Gris recibió su merecido en nuestro sistema planetario solar y creemos que fue totalmente aniquilada en Marte y en Venus. Pero no tenemos pruebas de que ni un solo hombre gris pudiera escapar. Un pequeño grupo de esos diablos pudo burlar nuestra vigilancia para regresar a su planeta nativo. ¿Quién sabe? No es fácil exterminar de una manera absoluta a toda una raza. Sobre todo, si esa raza posee la fortaleza y la tenacidad de los hombres grises, o thorbod según ellos mismos se llamaron.

- ¡Pero querido! -protestó la hermosa muchacha sonriendo cautivadora-. Cualquiera diría que deseas vengar en mí la negligencia de todos los emperadores de Nahum. ¿Qué culpa tengo yo si, en el transcurso de tantos milenios, los nahumitas se cansaron de mantener su tensa vigilancia y olvidaron por completo a estos mundos y a la Bestia Gris?

- ¡Oh, no! -murmuró Miguel Ángel-. Perdona si te di esa impresión. Sólo me irrita que, a estas alturas, no haya a bordo de este autoplaneta un nahumita capaz de decirme si esta galaxia fue o no fue la patria del Hombre Gris.

- ¡Pues claro que lo es, querido! -exclamó la joven riendo-. ¿Qué duda puede caberte? Aun en el supuesto de haber existido una galaxia inexplorada capaz de albergar al Hombre, y que los nahumitas no hubieran sabido descubrirla, ¿acaso habría escapado a la insaciable curiosidad del Thorbod? Ellos hubieran venido a refugiarse aquí después que sus mundos fueron arrasados. Y en tal caso, ni estos planetas estarían deshabitados ni hubiéramos tardado en saber del Hombre Gris.

- La sugerencia de la señora Aznar está repleta de lógica -dijo uno de los hombres de más edad del grupo-. Los hombres grises fueron grandes exploradores y navegantes. Ellos descubrieron a los nahumitas y a los terrícolas. Estos mundos que estamos viendo debieron de ser los suyos, los que ellos abandonaron después de guerrear contra los nahumitas. De lo contrario conocerían su existencia y todavía estarían aquí. No hubieran navegado millones y millones de kilómetros a través del cosmos para venir a refugiarse en nuestro sistema planetario solar, ¿no cree?

- Sí, sí… Todo eso está muy bien, profesor Armendáriz -refunfuño Miguel Ángel-. Lo que no puedo admitir ni ha admitido ningún terrícola jamás, es que ni un solo thorbod sobreviviera al desastre de

Venus y Marte. Usted sabe que fue el temor a una posible resurrección del poderío thorbod lo que nos hizo venir aquí para comprobar si el Hombre Gris se había refugiado en su mundo de origen y podía constituir una amenaza para el futuro de nuestra civilización.

- Pues ya ve usted que no hay rastro del Hombre Gris en estos mundos.

- Sí, y eso es lo extraño. Si hubo hombres grises supervivientes del envenenamiento radioactivo de las atmósferas de Venus y Marte, ¿dónde están? ¿A dónde fueron?

El profesor Armendáriz abrió los brazos como invitando a un registro de sus faltriqueras. Fue el profesor Castillo quien insinuó;

- Tal vez no hubiera supervivientes. O tal vez si algún grupo logró escapar, fuera tan pequeño que no se atreviera a regresar a sus lares por temor a que los nahumitas estuvieran esperándoles aquí. En tal caso, lo mismo pueden haber muerto en el espacio sin hallar tierra, que haber descubierto algún remoto planeta donde alojarse y volver a prosperar.

Miguel Ángel Aznar volviose para echar una larga mirada sobre la enorme fotografía que había estado examinando. Esta correspondía a una gran extensión de territorio y en ella se veían ríos, lagos, montañas, desiertos y bosques; enormes y selváticos bosques donde la planta del hombre no parecía haber penetrado jamás.

Ámbar acercose a su joven esposo para apoyar su mano ingrávida sobre el brazo de él.

- Querido -murmuró-. ¿Por qué te preocupas tanto por un enemigo que tal vez ni existe?

- En ese “tal vez” reside el intríngulis de la cuestión, Ámbar. Sólo he visto a esas criaturas en películas retrospectivas y en fotografía. Pero he leído la historia. El relato de sus hazañas es demasiado aterrador para que echemos la experiencia en saco roto. El Hombre Gris es una criatura extrañamente perseverante en sus propósitos. Posee una inteligencia poco común, es sobrio como él solo y puede convertir en prósperos imperios mundos que hasta las ratas desdeñarían por su escasez de recursos. Mientras quede un solo thorbod, ¡uno sólo…! Existirá siempre la amenaza de un sombrío porvenir para la Humanidad.

- ¿Quieres decir que la Humanidad no podrá descansar en tanto no tenga la seguridad de que no hay, en algún remoto punto del Universo, un núcleo de esas bestias preparándose para reemprender su ciclo de conquista y atrocidades? -interrogó la joven.

- No digo tanto. La Humanidad no puede pretender explorar todo el Cosmos en busca de esas abominables criaturas. Pero puede sentirse aceptablemente segura si continúa acrecentando su poder y no descuida un instante su vigilancia. Esto es lo que debisteis hacer los

nahumitas y nosotros haremos ahora. Antes de emprender el regreso a la Tierra dejaremos en estos planetas algunos millones de personas con una fuerza sideral de consideración para que colonicen y defiendan a la vez estos mundos. La vida parece perfectamente posible en ellos. ¿No es cierto, profesor Castillo?

- Así es, Excelencia. La vida parece perfectamente posible en estos mundos… pero colonizar planetas vírgenes es siempre empresa larga y muy dura. La cuestión no está en si estos mundos son o no habitables, sino en si cierto número de valeranos aceptarán quedarse en ellos prefiriéndolo a seguir viaje hasta la Tierra.

- ¿Quién habla de preferencias? - gruño Miguel Ángel-. Desde que este planetillo fue convertido en vehículo intersideral, millones de personas han deseado viajar en él. Es triste para los que ven partir a Valera pensar que cuando esté de regreso, ni ellos, ni sus hijos, ni los hijos de sus hijos acudirán a recibir a los afortunados astronautas. A los tripulantes de Valera, en cambio, les seduce la idea de que mientras ellos viajan a través del espacio a velocidades que se aproximan a la de la luz, envejecen mucho más despacio y todavía podrán regresar a un mundo que ha envejecido en su ausencia algunos millares de años, donde ya no quedan ni cenizas de aquellos que dejaron al partir y la civilización ha adelantado en varios siglos mientras vivían un centenar de años… Sí. Eso ha ocurrido siempre, y pedir a un valerano que se resigne a no contemplar la maravilla de un mundo que ha progresado inverosímilmente mientras duraba su ausencia, es el máximo sacrificio que se le puede exigir. Sin embargo, la misión de Valera consiste en explorar el Universo ganando tierras nuevas para la Humanidad. Y como alguien ha de quedarse para levantar los cimientos de la nueva civilización, los valeranos se resignan mal que bien con su suerte y se despiden del autoplaneta a conciencia de que no lo verán nunca más.

- Ciertamente, Excelencia -asintió el profesor Castillo-. Así ha venido ocurriendo hasta ahora. Pero la situación ha cambiado a bordo de Valera. Usted sabe perfectamente que desde que partimos de Nahum el fermento de una rebelión bulle bajo las plantas de los que rigen los destinos de este orbimotor.

Miguel Ángel sonrió irónico.

- Puede usted especificar más sin temor a pecar de indiscreto, mi querido profesor -aseguró-. Puede situar esta ebullición en un punto más exacto del mapa de Valera, diciendo que socava el terreno justamente bajo mis pies. Mis ilustres parientes, los altos jefes del Ejército y la Armada, son todos más viejos que yo y están de acuerdo en que soy demasiado joven e inexperto para ocupar el puesto de Almirante Mayor. No lo pensaban así a la crítica hora de tomar decisiones de vida o muerte durante la campaña contra el Imperio

Nahum. Pero eso no importa. Ahora, con la victoria y la paz, las envidias personales y la ambición vuelven por sus antiguos cauces. Ya ve que estoy bien informado, profesor Castillo.

- Pero eso no es todo, Excelencia -exclamó el profesor Castillo lanzando una rápida mirada sobre sus compañeros-. En realidad no es nada si se le compara con la campaña subversiva que preparan los Balmer. A éstos no les basta con echarle a usted del cargo que ocupa. Ellos aspiran a más. No se darán descanso hasta expulsar a todos los Aznares de los altos puestos del Gobierno y del Estado Mayor General.

- ¡Ah, los Balmer! -exclamó Miguel Ángel pensativamente-. Sí, también sé algo de eso. Su aspiración a sustituir a los Aznares en los puestos de mayor responsabilidad y lucimiento es casi tan antigua como el mundo. Pero la verdad, no creo que sean de temer ahora más de lo que fueron de temer para mis abuelos.

El profesor Castillo volvió a cruzar una mirada de inteligencia con sus compañeros, como pidiendo el apoyo de éstos. La mirada que le devolvieron los sabios debió darle alientos para decir:

- Hace usted mal en desdeñar la influencia política de los Balmer, Excelencia. Sin que mis palabras indiquen censura contra las últimas decisiones tomadas por los Aznar, diré que la rendición de Valera que sus abuelos hicieron a los nahumitas y las matanzas que siguieron a este trágico acontecimiento mermaron considerablemente el prestigio de que gozaba la familia.

Miguel Ángel abrió la boca para contestar, pero el profesor Castillo continuó diciendo:

- Sí. Es cierto que usted, el último superviviente de la familia Aznar, levantó la bandera de la resistencia, reconquistó Valera, arremetió contra el imperio de Nahum y lo derrotó rescatando a los cincuenta millones de valeranos prisioneros de los nahumitas. El pueblo le aclamó por caudillo en aquellas horas triunfales. Pero cuando el tiempo empieza a mitigar el recuerdo de los hechos con frialdad.

- Y han descubierto que no se me debe nada -añadió Miguel Ángel sarcástico-. Todavía quedan imbéciles dispuestos a creer que mis abuelos pudieron hacer algo mejor que rendir el autoplaneta a los nahumitas, y que todo cuanto yo hice después apenas si basta para enjugar la falta de los que me precedieron en el mando supremo de las Fuerzas Expedicionarias Terrícolas. ¿No es eso?

- Así es, por desgracia. Los nahumitas, al invadir Valera, asesinaron treinta millones de niños, mujeres y hombres ancianos que no podían servir para esclavos. Prácticamente no existe una sola familia en Valera que no tenga que lamentar la muerte de algún familiar. Los Balmer explotan el dolor de esta gente echando la culpa a los Aznares y cuando alguien sale en defensa de usted le hacen callar recordándole que usted no estaba solo al emprender la reconquista de Valera. Dos

miembros del apellido Balmer le acompañaban.

- Sí. La teniente Ángela Balmer y mi amigo José Luis Balmer. Ella murió en el circo de la ciudad submarina de Arba. Sentí profundamente su muerte, porque la amaba. En cuanto a José Luis, se casó con mi hermana. Hace tiempo que no le veo. Me han dicho que se ha convertido en uno de los principales cabecillas del movimiento revolucionario que pretende desbancar a los Aznares, pero no lo creo.

El profesor Castillo cambió una mirada de inteligencia con sus compañeros, mirada que Miguel Ángel no advirtió:

- Bien, Excelencia -continuó diciendo el sabio. -Las cosas están así. Los Balmer insisten en que se celebren inmediatamente unas elecciones libres que decidan la forma del gobierno de Valera.

- Querrá usted decir, que decidan el apellido de los miembros del gobierno. Los Balmer, que yo sepa, no aspiran a mejorar las condiciones de vida actuales, ya que éstas no se pueden superar. Lo único que ellos quieren es darle vuelta a la tortilla, como vulgarmente se dice, y disfrutar de un largo período del prestigio, las insignificantes satisfacciones de la vanidad y los múltiples sinsabores que es todo cuanto los miembros de mi familia han recibido como pago de sus desvelos. No tengo nada que oponer a esto. Sus pretensiones son justas. Pero a ellas se opone una circunstancia que los Balmer olvidan con frecuencia. Valera, aunque es un mundo pequeño, no goza de las libertades y privilegios de un planeta estable. Valera es un vehículo interplanetario. Sus habitantes son soldados y están sujetos a la disciplina militar. El Almirante Mayor es el jefe supremo de esta nave y ha sido nombrado por el gobierno de la Federación de Planetas, y sólo aquel gobierno puede destituirle. Lejos de su base, y en casos de emergencia, el Estado Mayor General puede nombrar o destituir al Almirante Mayor, y tendrá que rendir luego cuenta de sus decisiones. Pero los Balmer, por su gusto, no pueden derrocar al Estado Mayor o al superalmirante. Tal acción, en Valera, sería juzgados como amotinados cuando Valera rindiera viaje en el planeta Tierra o en cualquiera otro de los mundos de nuestra gran federación.

- Temo que a los Balmer no les importe mucho eso -advirtió aquí el profesor Armendáriz-. Cuando Valera rinda viaje en la Tierra habrá evolucionado considerablemente, y los Balmer esperan que haya pasado a la historia la hegemonía de los Aznar. Ellos quieren que Valera deje de ser un mundo regido por las severas leyes que imperan a bordo de las unidades de la Armada Sideral, y en esto sí cuentan con el apoyo de la mayoría de los valeranos. Créanos, Excelencia. Estamos mucho más cerca de un motín de lo que usted se figura.

- ¡Bah, exageran ustedes! -rió Miguel Ángel haciendo un ademán despectivo-. Los valeranos lo pensarán dos veces antes de amotinarse. Hay muchos millones de personas en Valera que no se llaman Balmer

ni Aznar, ni les importa las rencillas entre los Aznar y los Balmer.

- Los valeranos desean constituirse en un Estado independiente dentro de la Federación de los planetas, tomar parte en la dirección de las empresas de Valera y quitar al Estado Mayor General las atribuciones de decidir por su cuenta cuando hay que empezar una campaña…o dejar atrás un puñado de millones de seres para que colonicen o defiendan un remoto planeta.

- ¡Ah! -exclamó el joven Almirante Mayor. ¿Es por ahí por donde van las aspiraciones de los valeranos?

- Fue por esto por lo que empezamos la discusión, ¡no podía ocurrir que los valeranos escogidos por la suerte no quisieran desembarcar en estos mundos que fueron antaño la patria de la Bestia Gris! Y puedo decir más. Puedo añadir que desde que llegamos a la vista de estos planetas y empezaron a circular rumores de un posible desembarco, los valeranos se han apiñado en torno a los Balmer dispuestos a hacer valer sus derechos a elegir su propio destino.

- Los valeranos juraron acatar las órdenes de sus jefes al emprender este viaje -observó Miguel Ángel.

- Es cierto. ¿Pero cuántos de los que comprometieron aquel juramento quedan a bordo de Valera? Los hombres y las mujeres que usted se propone dejar en estos planetas son hijos y nietos de aquellos que un lejano día emprendieron el viaje, ni siquiera habían nacido cuando sus padres prometieron obediencia. Por lo tanto, se consideran desligados de todo compromiso. Y no desean quedarse en estos remotos mundos para morir lejos de la Tierra después de una dura existencia de colonos. Como ve, la situación es bastante delicada.

Miguel Ángel consideró en silencio las palabras del profesor Castillo.

- Sí -afirmó tras una larga pausa-. La situación es de las más delicadas. Pero no es a mí exclusivamente a quien concierne decidir. El Estado Mayor General examinará el asunto y verá lo que hace. Si ordenar el desembarco, siquiera sea a despecho de una posible rebelión, o seguir el viaje hacia la Tierra dejando estos planetas deshabitados y a merced de quienes quieran ocuparlos.

- Estos planetas quedan relativamente cerca de Nahum -observó el profesor Armendáriz-. Posiblemente, y de no ocuparlos nosotros, las futuras generaciones nahumitas verterán aquí sus excesos de población en los siglos venideros.

- Nuestro Estado Mayor no confía demasiado en los propósitos pacíficos de los nahumitas -observó Miguel Ángel-. Lo que dejamos atrás no es una sólida federación de planetas sin fronteras ni intereses egoístas, sino una serie de repúblicas y reinos independientes que se miran con recelo. Una colonia nuestra en esta galaxia sería la mejor, y posiblemente la única garantía de que los mundos nahumitas no van a

entrar en guerra entre sí apenas les hemos vuelto las espaldas. En fin -terminó diciendo el joven superalmirante- voy a ocuparme inmediatamente de este asunto. Vamos, Ámbar.

La princesa de Nahum correspondió con una inclinación de cabeza al saludo de los sabios y siguió a su esposo hasta la cabina del ascensor que comunicaba este observatorio de superficie con el interior hueco de aquel prodigioso planetillo llamado Valera.

CAPITULO SEGUNDO

CRUEL DESENGAÑO

Miguel Ángel Aznar conocía demasiado el afán de revancha de los Balmer para desdeñar sus actividades subversivas. Al regresar a Nuevo Madrid, capital de Valera, el joven Almirante Mayor cursó órdenes para que los miembros del Estado Mayor General se reunieran con la máxima brevedad en el salón de conferencias del Palacio Residencial. De otro lado, se ocupó personalmente de reunir cuantos informes sobre las actividades de los Balmer obraban en poder de la Policía. Estos informes no eran muy extensos. En Valera, por no existir diferencias sociales, se desconocía la delincuencia. La Policía tampoco hallaba campo para operar en una tierra sin fronteras, sin extranjeros y sin secretos de Estado que salvaguardar. Sus actividades se reducían a cuidar del orden público y de la conservación de la moral. No tenía verdadera experiencia en el espionaje, y todo cuanto podía decir era que las manifestaciones públicas contra los Aznares habían venido siendo más numerosas y violentas en los últimos meses. Con tan débiles pruebas sobre las intenciones de los Balmer, Miguel Ángel compareció horas más tarde ante un concilio de almirantes y generales, reunidos en torno a una imponente mesa de cristal donde se miraban invertidas las gigantescas arañas de oro y piedras preciosas que pendían del techo, sin más objeto que servir de ornamento a la fría majestuosidad de la sala. Utilizando casi las mismas palabras que los profesores Armendáriz y Castillo, el joven Almirante Mayor expuso sus preocupaciones al Estado Mayor General. La creciente actividad subversiva de los Balmer podía desembocar en un motín, utilizando como pretexto el desembarco de una colonia en los recién descubiertos planetas “thorbod”. Los arrogantes y envanecidos jefes de las fuerzas siderales sonrieron irónicamente. Un general se puso en pie para tranquilizar al Almirante Mayor. ¿Preguntaba su joven Excelencia si deberían desembarcarse en aquellos mundos algunos millones de valeranos? ¡Pues claro que sí! Descubrir y poblar nuevos mundos era la misión que había conducido a Valera a través del Cosmos. ¿Quién podía oponerse? ¿Los Balmer? Sus excelencias allí reunidas no

ignoraban nada de cuanto su Excelencia llevaba dicho. Sabían que los Balmer estaban excitando los ánimos de los valeranos incitándoles a la rebelión. ¿Pero podía dejarse intimidar el Estado Mayor General, hasta el punto de renunciar al proyectado desembarco? Hacerlo sería como reconocer la justicia de las reclamaciones de los Balmer, o el temor que éstos inspiraban a los Aznar. Luego, ¿cómo justificaría el Estado Mayor su proceder al rendir cuentas de la expedición de Valera ante el Gobierno Federal? -Compréndalo Su Excelencia -terminó diciendo el general-. El Estado Mayor no puede excusarse con el temor a un motín que no llegó a producirse. Al rendir cuentas hemos de presentar hechos consumados. O hubo motín y no pudimos ocupar estos planetas, u ocupamos los planetas sofocando un motín. Los jefes del Ejército y la Armada aprobaron con rotundos cabezazos las palabras de su colega. Miguel Ángel, humedeciose los labios con el extremo de la lengua. -Confío en que no haya motín -dijo-. Y sí lo hay, espero de ustedes que no hagan uso de la violencia para reprimirlo. -¡Hola! -Exclamó uno de los generales-. ¿Pero acaso hay manera de sofocar una rebelión por otro sistema que no sea la fuerza? -Existen muchas formas de aplicar la fuerza, Excelencia -contestó Miguel Ángel con prontitud-. Una resistencia comedida bastaría para cubrir las apariencias, salvaría nuestra responsabilidad y evitaría el derramamiento de sangre. -De sangre de rebelde, querrá decir. Porque sería arriesgado asegurar que los Balmer no se lanzarán a la calle dispuestos a verter la nuestra. -Es absurdo creer que van a pasar a cuchillo a todos los Aznar. Eso no sería propio de seres civilizados. -Su Excelencia haría mejor recordando los sucesos de hace cuatro años, cuando cuatro de sus ascendientes más próximos y todos los amigos que les acompañaban en su fuga hacia las montañas, fueron reconocidos y linchados por los Balmer. Miguel Ángel se estremeció recordando aquella espeluznante escena. Cuando él y su hermana Estrella llegaron al susodicho campamento acompañados de José Luis Balmer, todavía pudieron ver los cadáveres de su abuelo y su padre, balanceándose al extremo de las cuerdas o siendo salvajemente arrastrados por una chusma de soldados enloquecidos. -Creo que Su Excelencia el Almirante Mayor acaba de recordar -insinuó un almirante advirtiendo la palidez del joven. Y haciendo un breve ademán que dejaba zanjada la cuestión, añadió: - Bien, no se hable más del asunto. Procederemos al sorteo de las gentes que deben quedarse para colonizar estos mundos. Y si los Balmer promueven un motín… ¡peor para ellos! Al abandonar el salón de conferencias una hora más tarde, Miguel Ángel sentía sobre sí el peso de una terrible preocupación. Necesitando confiar a alguien sus cuitas lo hizo a su joven y bella esposa: - La sangre correrá pronto por las calles de Nuevo Madrid si Aznares y Balmares, cada uno por su lado, no

deponen su arrogante actitud. - ¿Por qué te preocupas? -Preguntó la princesa-. Tú eres aquí como un emperador. Si la soldadesca apellidada Balmer se subleva, no tienes más que bajar a la sala de control, poner en marcha tus divisiones acorazadas robot y ahogar en sangre el motín. Eso fue lo que hicieron siempre los emperadores de Nahum y los gobernadores nahumitas de los planetas de nuestro Imperio. Más aún; tomaban medidas como éstas antes de dar tiempo a los rebeldes para que se organizaran. -Mi querida princesa -sonrió Miguel Ángel-, esto no es Nahum. Somos gentes civilizadas y... - ¿Quieres insinuar que los nahumitas somos unos salvajes? -protestó la princesa airadamente, relampagueantes de ira sus doradas pupilas. -Si no completamente salvajes, os falta mucho camino que andar para llegar a la altura de nuestros conceptos. Para vosotros la vida del prójimo carece de valor. No así entre nosotros, donde nuestra religión nos ordena amarnos los unos a los otros. Si los Balmer siguen adelante con sus pretensiones y los Aznar no atienden a razones, la sangre empapará la tierra de Valera, y este hecho luctuoso será como una vergonzosa mancha en la historia de una humanidad que parecía haber superado la época de sus errores. ¡Si yo pudiera evitarlo! -No te comprendo, Miguel Ángel -exclamó la princesa-. ¿Acaso, si dependiera de ti, dimitirías del cargo de Almirante Mayor sin oponer resistencia, permitiendo a los Balmer que subieran al poder? - ¡Oh, desde luego! -Exclamó el joven caudillo-. Lo haría con mucho gusto con tal de evitar que se derramara una sola gota de sangre. Al fin y al cabo, ser Almirante Mayor no me reporta ninguna satisfacción personal, y sí muchos quebraderos de cabeza. Yo preferiría ser un anónimo teniente de la Armada Sideral, vivir en un sencillo y confortable apartamento con mi mujer, no tener responsabilidades y poder ir donde me diera la gana sin que nadie se preocupara de mí. -Pues yo no -dijo desabridamente la princesa de Nahum. Y añadió con pupilas centelleantes de cólera: - ¿O crees que abandoné a los míos y te seguí tan lejos de mi querida patria para convertirme en la insignificante esposa de un anónimo oficial de la Armada Terrícola? - ¡Ámbar! -exclamó Miguel Ángel mirando con espanto a la joven. Y no pudo decir más, porque la decepción y la sorpresa habían hecho presa en él. - ¿Dónde se ha visto que nadie prefiera ser plebeyo a príncipe? -prosiguió diciendo Ámbar airadamente-: Tú debes de estar loco, Miguel Ángel, o los almirantes y generales que te secundan en el mando de Valera aciertan al decir que eres demasiado joven e inexperto para el cargo que ocupas. Ellos sí saben lo que desean, y no permitirán que una chusma de groseros soldados les arrebate el poder. Su reacción está repleta de lógica. Desde el principio del mundo, a través de todas las edades, el hombre ha luchado siempre para encaramarse sobre la masa uniforme de la plebe. Por empuñar un

cetro e imponer su voluntad a los demás… Y tú, que mandas sobre el ejército más poderoso del universo, que puedes rehabilitar o aniquilar mundos a tu capricho… ¡Deseas renunciar a todo para hundirte en la vulgaridad! Miguel Ángel Aznar contemplaba a su joven y bella esposa paralizado por el estupor. En el año que llevaban juntos no había dejado de advertir la desmedida ambición de poder de la princesa. Pero la disculpó achacando el defecto a la educación que Ámbar recibiera de su todopoderoso y cruel progenitor, el emperador de Nahum. Esperaba y confiaba en que la reeducación de Ámbar, así como el íntimo contacto con las normas de vida del pueblo terrícola, acabarían por reformarla despertando en ella los sentimientos de modestia, comprensión y tolerancia para con sus semejantes. Pero, o era demasiado pronto para ello, o la princesa reaccionaba según la forma de ser de los nahumitas, en los que la crueldad, el desprecio hacia el débil y el afán de dominio, practicados a lo largo de los siglos, habían acabado por convertirse en arraigado atavismo. -Lo que sientes, Miguel Ángel, no es repugnancia a regar con sangre las calles de las ciudades de Valera -prosiguió diciendo Ámbar con desprecio-. Di mejor que te aterra la idea de verter también la tuya, y que prefieres conservar tu preciosa vida, aún a costa de renunciar a tus legítimos derechos. En Nahum llamamos a eso cobardía. Miguel Ángel empalideció. Un chisporroteo amenazador brilló en sus negras pupilas. Pero la princesa no dio muestras de advertirlo. -…Y atiende bien lo que voy a decirte, Miguel Ángel. Si tú eres capaz de resignarte a descender tan bajo, no ocurre lo mismo con tu princesa. Defenderás a sangre y fuego tus insignias de Almirante Mayor… o pondrás a mi disposición un crucero sideral con una tripulación nahumita para que yo pueda regresar a mi patria. Las últimas palabras repercutieron en el pecho de Miguel Ángel como un brutal puñetazo. Saltó en pie: -¡Basta! -Rugió con ojos llameantes de cólera-. Miguel Ángel Aznar puede tal vez tolerar los desatinados consejos de una princesa educada en la crueldad y la barbarie, pero en modo alguno que se le coaccione o amenace. Es justo que, pues me equivoqué al juzgarte y creer que me amabas incluso sin estrellas de almirante, pague mi error con el desengaño y la desdicha. Pero la conciencia de Miguel Argel Aznar no abandonará su cauce para servir a las estúpidas ambiciones de una mujer sin corazón. Renunciaría a mi cargo de Almirante Mayor si con ello pudiera contentar a los Balmer y evitar una lucha fratricida y haré todo cuanto esté de mi parte para disuadir a uno y otro bando de sus obstinados empeños. En cuanto a ti, no tendrás que aguardar a conocer el resultado de este conflicto. No un crucero, sino un acorazado con su correspondiente escolta pondré a tu posición para que puedas regresar a tu incivilizado Nahum con la pompa que requiere tu prosapia. Esto diciendo, el joven Almirante Mayor tiró de

la palanquita de un radiovisor. En la pantalla apareció a todo y en relieve la imagen de uno de los oficiales ayudantes de Miguel Ángel. -¡A la orden de Su Excelencia! -Prendes. Disponga la partida de un acorazado y seis cruceros siderales para dentro de una hora. Busque para una tripulación nahumita y avituállelos para un viaje de dos años. Partirán en cuanto se halle a bordo la princesa Ámbar, mi esposa. Destino: Nahum. - ¡Nahum! -exclamó el oficial estupefacto abriendo ojos de par en par. Y viendo el ceño fruncido del frente Mayor en su pantalla, balbuceó: -Sí, señor… comprendido: destino Nahum. ¡A las órdenes de Su Excelencia! Miguel Argel Aznar cortó la comunicación con brusquedad. Volviose hacia la princesa. Esta había empalidecido, sus hermosas pupilas parecían más grandes en razón la sorpresa y la ira que las dilataba. - ¡No he dicho que quisiera marcharme! - gritó con voz ahogada por la rabia. -Lo digo yo. Soy el Almirante Mayor del ejército expedicionario, recuérdalo. Tú misma acabas de decir que puedo hacer lo que me dé la gana. - ¡Nadie puede expulsar de una manera tan humillante a una princesa de Nahum! -Nahum fue borrado del universo como imperio, allí no quedan ya emperadores-dioses ni princesas con privilegios. Tú no eres más que una pobre mujer… la mía. Y yo te ordeno abandonar el autoplaneta en el plazo de una hora. - ¿Me repudias entonces? -balbuceó la joven con un hilo de voz, como si no pudiera creer en lo que oía. -No hago más que adelantarme a tus deseos. Dices que no puedes resignarte a ser la esposa de un simple teniente de la Armada, y eso es lo que seré dentro de poco si los amotinados no disponen otra cosa peor. Yo emplearé toda mi autoridad para impedir que el Estado Mayor General reprima el motín por la violencia. No habrá derramamiento de sangre por parte de los Aznar. Pues lo desean con tanto empeño, los Balmer nos sustituirán en todos los altos cargos. Y no hay razón para temer que asuman la dirección de nuestros asuntos con menos fortuna que los Aznar. - ¡Cobarde! -Rugió la princesa apretando sus sonrosados puños y haciendo chirriar sus blancos y menudos dientes-. ¡Cobarde… cobarde… cobarde! -Haces mal en desgastar tus energías -insinuó Miguel Ángel fríamente-. Te harán falta para preparar tu equipaje. Recuerda que en Valera no hay servidumbre. Se contemplaron hostilmente durante un minuto. En los preciosos ojos de la princesa nahumita se agolpaban lágrimas de impotencia, desesperación y despecho. Sus rojos y gordezuelos labios temblaban. Miguel Ángel Aznar adivinó que iba a echarse a llorar. Y porque la amaba con todas las fuerzas de su apasionado corazón y temía ser débil, giró bruscamente sobre sus tacones y abandonó la estancia. Echó a andar por el grandioso corredor, hollando con sus inseguros pies las tupidas alfombras hechas con las pieles más bellas de las más exóticas fieras de los más remotos mundos. Los pulidos mármoles de

las paredes reflejaban su figura abatida por el dolor. También sus ojos se hinchaban de lágrimas de desesperación y despecho. En sus oídos sonaban todavía aquellas frases lacerantes: «¿O crees que te seguí para convertirme en la insignificante esposa de un anónimo oficial de la Armada Terrícola?». Absorto en sus pensamientos, ciego para todo lo que no fuera contemplar la súbita e inesperada ruina de sus castillos de ilusión, no vio venir en su dirección a una joven muy bella, de ojos y cabellos negros, que llevaba de la mano a una preciosa niña. -¡Miguel Ángel… hermano! -llamó la joven interponiéndose en el camino del Almirante Mayor. Miguel Ángel tuvo que ver por fuerza a la mujer al tropezar con ella. - ¡Estrella! -exclamó sorprendido. Y como la niña le tirara de los calzones se inclinó para tomarla en brazos. - ¡Hola, Merceditas! - ¡Hola, tío! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Ya no quieres a tu sobrinita Mercedes? El joven Almirante Mayor depositó a la niña en el piso y miró a los ojos de su hermana, tan parecidos a los suyos propios en la forma y el color. Súbitamente Estrella Aznar se echó a llorar arrojándose entre los brazos de Miguel Ángel. - ¡Soy muy desgraciada, hermano! -aseguró llorando con fuerza. - ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está tu marido? - ¡No me hables de él, le aborrezco! Miguel Ángel separó de sí con firmeza a la joven. Le levantó la barbilla y la obligó a mirarle al rostro. - ¿Dónde habéis estado? ¿Por qué no hemos sabido nada de vosotros en los últimos tres meses? -interrogó. - ¡Oh!, estuvimos por ahí, rondando de ciudad en ciudad y de campamento en campamento. José Luis no se estaba quieto en un mismo sitio más de dos días… Tenía la manía de que tú habías puesto tras él a tus sabuesos, y veía espías y traidores por todos lados. No se separaba un momento de mí, y cuando tenia que hacerlo por fuerza se aseguraba de que no había televisores a mi alcance, me encerraba en la habitación y ponía guardia a la puerta. Miguel Ángel contempló a su hermana con el ceño fruncido. -Pero todo eso… ¿por qué? -preguntó. -José Luis, por ser yo hermana tuya, temía que lo denunciara… Está conspirando contra el Gobierno Militar, Miguel Ángel. - ¡Ah! -Murmuró el Almirante Mayor-. Así, ¿es cierto que acaudilla el movimiento revolucionario contra los Aznar? Me lo dijeron muchas veces y no quise creerlo. -Ha perdido el juicio -aseguró Estrella enjugándose las lágrimas con el pañuelo-. A fuerza de oír decir a la propaganda balmista que Valera le debe su salvación tanto o más que a ti, pues él estuvo a tu lado durante la fuga y la reconquista del autoplaneta, ha llegado a considerarse por lo menos con tantos méritos como tú para ocupar el puesto de Almirante Mayor que tú ostentas. ¡La adulación de sus compinches le ha trastornado! Él, que siempre fue moderado al enjuiciar a los Aznar, nos aborrece con toda su alma. Incluso te aborrece a ti, que fuiste su amigo más querido… y temo que también me odie a mí, a pesar de ser su mujer y la madre de

su hija. -No digas disparates, Estrella. Las circunstancias pueden haberle obligado a hacer manifestaciones de odio contra mí ante sus compañeros, pero en el fondo de su corazón José Luis no puede haber cambiado de forma tan radical y repentina. En cuanto a ti, no debiste abandonarle. El te ama, aunque es lógico que recelara de tu lealtad. Al fin y al cabo estaba en lo cierto. Ya ves cómo le has dejado para denunciarme sus propósitos. - ¡Oh! -Gimió Estrella-. ¿Crees que hice mal? -Sí -repuso Miguel Ángel pensando en su propia decepción-. No debiste traicionar a tu marido. Podías haberte figurado que yo estaría enterado de cuanto ocurre. -No era eso lo que me preocupaba -aseguró Estrella-. Yo sólo deseaba estar junto a vosotros por lo que pueda pasar… ¡Tengo miedo, Miguel Ángel! Los Balmer, te lo aseguro, vienen esta vez decididos a todo. -No te preocupes por nada. Ve a reunirte con mamá y no te separes de ella. Estrella asintió, secó su última lágrima y asió de la manita a su hija. Dio unos pasos para alejarse, pero se detuvo y preguntó: -Miguel Ángel, ¿verdad que no serás demasiado duro con José Luis cuando le detengas? El joven Almirante Mayor sonrió. -No, Estrella -dijo-, no seré demasiado duro. Estrella sonrió agradecida y continuó su camino. Miguel Ángel siguió hasta su despacho oficial. Ahora, un nuevo dolor se sumaba al producido por la inesperada confesión de la princesa de Nahum: José Luis Balmer, el mejor de sus amigos, le abandonaba también. La ambición de poder hacía presa también en él. Un hondo sentimiento de amargura abrumaba al joven Almirante Mayor al entrar en su despacho y tomar asiento en el mismo sillón donde una larga sucesión de Aznares lo habían hecho antes que él. Se preguntó qué hubieran hecho sus ascendientes, desde este mismo sitio, y en una situación parecida. ¿Habrían declarado el estado de sitio, haciendo detener a todos los cabecillas y rebeldes y desarmando a las nutridas divisiones formadas casi íntegramente por Balmares? ¿Habrían ahogado el motín en sangre, tal y como se proponían hacer los orgullosos generales y almirantes del Estado Mayor General? Miguel Ángel no podía creerlo. Se dijo que, en todo caso, sus nobles abuelos hubieran procedido como él, negándose a sostener su prestigio sobre un pedestal de cadáveres. Era imposible contener una sublevación donde reinaban las circunstancias de Valera. O, al menos, era imposible sofocarla sin verter verdaderos ríos de sangre. La Armada Sideral , base del poderío terrícola, había sido siempre afecta al gobierno aznarista porque tradicionalmente, el núcleo principal de la oficialidad y la inmensa mayoría de las tripulaciones pertenecían más o menos directamente a la famosa tribu. El clan de los Balmer reclamaba sus derechos a tener libre acceso a la flota y, desde antiguo, la supremacía de los Aznar en la Armada había sido inagotable fuente de disputas entre las dos poderosas familias. En realidad los Balmer tenían derecho a formar

parte en la flota. Los Aznar nunca les negaron este derecho. Pero a la hora de sentar plaza en la Armada, los aspirantes apellidados Balmer tenían que enfrentarse simultáneamente con la fuerte competencia de los aspirantes apellidados Aznar y un severo tribunal examinador formado en su mayoría por jefes de la tribu rival. De esta forma, pese a sus legítimos derechos, los Balmer sólo ingresaban en muy pequeña proporción en la Armada. Y una vez en ella, sus superiores y compañeros, Aznar todos ellos, les neutralizaban haciéndoles desear no haber pisado nunca la cubierta de un buque sideral. Lo corriente era que los Balmer se desanimaran ya en las academias astronáuticas, o que ingresaran en las filas del Ejército, dando por inútil todo intento de hacerlo en las de la Flota. En el Ejército, los Balmer eran realmente fuertes. Ni siquiera allí se libraban de sus aborrecidos rivales, porque había por lo menos tantos generales Aznar como Balmer. Pero la oficialidad pertenecía casi íntegramente al clan, y lo mismo ocurría con la tropa. La supremacía de la Armada sobre el Ejército era indiscutible. Sin contar con el apoyo de la flota, todo intento de rebelión era un suicidio. Desde el aire, los poderosos acorazados y los rápidos cruceros podían dominar a cualquier ejército privado de protección aérea, por muy poderoso y bien armado que este ejército estuviera. Y en el fondo, Miguel Ángel Aznar, el último descendiente de una larga sucesión de caudillos, tenía que reconocer la verdad de las protestas de los Balmer.

CAPITULO TERCERO

MOTÍN EN VALERA

Desde su despacho, Miguel Ángel podía ver a través de la pantalla de su radiovisor la amplia avenida de entrada a la base sideral. Un automóvil giroscópico llegó y fue a detenerse junto a un colosal acorazado. Gracias a un juego de teleobjetivos, el operador de la cámara situado en la torre de control del aeropuerto acercó tanto las imágenes a la pantalla de Miguel Ángel que ésta quedó casi enteramente ocupada por el bello e inexpresivo rostro de la princesa Ámbar. Desde su despacho, Miguel Ángel la vio saltar del automóvil y mirar en torno entre airada y despreciativa. Un oficial nahumita que estaba de pie junto a la escotilla de acceso del acorazado se adelantó para saludar y cruzó unas breves palabras con la joven. Esta hizo un ademán imperativo y subió por la escalera rodante a bordo. No se volvió a mirar una sola vez. La mano de Miguel Ángel avanzó sobre el radiovisor para cortar la comunicación. ¿Qué más le quedaba por ver? Sin embargo, continuó mirando con ansiedad, alentado por la loca esperanza de que Ámbar cambiara de parecer a última hora y le

llamara desde el mismo buque. Pero el acorazado cerró sus escotillas y se elevó con suavidad, cual si en vez de pesar muchos miles de toneladas se tratara de un globo de goma hinchado de hidrógeno. Los seis cruceros en forma de esturión se elevaron también y formaron detrás del acorazado. El potente teleobjetivo les siguió durante algunos minutos y varios kilómetros de vuelo, hasta que las enormes máquinas bajaron sus proas, picaron hacia tierra y desaparecieron en los redondos pozos que les llevarían hasta la superficie exterior de Valera y el inmenso vacío espacial. Sólo entonces, desfallecido de dolor y experimentando una horrible sensación de vacío y soledad, adelantó Miguel Ángel su mano para despedir con el metálico «clic» de una palanquita a la mujer amada. Todavía le quedaba la esperanza de que la princesa Ámbar volviera atrás. Pero esta esperanza, Miguel Ángel lo intuía, era vana e infundada. La princesa Ámbar poseía como todos los de su pueblo la cualidad de saber reprimir sus deseos. «Tal vez ella espera que yo le llame rogándole que vuelva» -se dijo el Almirante Mayor. Y estuvo tentado de llamarla. Pero reprimió su generoso impulso. Ámbar, sabedora entonces de su flaqueza de ánimo, le exigiría que defendiera su título de Almirante Mayor. Y Miguel Ángel no podía comprometerse a hacer aquello que repudiaba a su conciencia. «Después de todo - se dijo lleno de amargura -, ¿cómo iba a ser feliz en adelante, sabiendo que ella estaba a mi lado sólo por la vanidad de ser la esposa del Almirante Mayor?» Inesperadamente sonó el zumbador del radiovisor. El corazón del joven saltó sobresaltado: Pero el rostro que apareció en la pantalla no era el de la princesa Ámbar sino el del coronel Baeza Aznar, uno de los ayudantes de Miguel Ángel. Este quedó tan helado por la desilusión que no acertó a pronunciar palabra. - ¡Excelencia! -exclamó el coronel precipitadamente-. ¿Ha visto usted eso? Un tumulto viene por la avenida de España agitando pancartas y dando gritos de «Abajo los tiranos». Se dirigen hacia palacio… - ¡Déjelos venir! -rugió Miguel Ángel furioso. - ¡Pero es que he recibido orden de cargar contra los manifestantes, Excelencia! - ¡Cómo! ¿Quién le ha dado esa orden? -chilló Miguel Ángel. -El general Gaspar Aznar, señor. Dijo que lanzara a la guardia contra los manifestados si osaban invadir la plaza de España… ¡y la están invadiendo! - ¡Espere! -gritó Miguel Ángel saltando en pie y corriendo hacia la ventana. Los cristales, con su cierre hermético, ahogaban todo ruido procedente del exterior. Pero desde el piso 88 en que estaba, Miguel Ángel pudo ver la anchísima Avenida de España convertida en un tumultuoso río humano que iba a verterse en la monumental Plaza de España. Vio también las compactas filas de la guardia avanzando lentamente en dirección a los manifestados, chisporroteando al sol artificial de Valera sus armaduras de cristal azul, las pistolas ametralladoras a la altura de las caderas y

los índices sobre los gatillos. Miguel Ángel volvió de un salto ante el radiovisor. - ¡Baeza! ¡Ordene a sus hombres que se retiren al interior del edificio! Utilicen gases lacrimógenos si es necesario, pero nada de violencias. ¿Lo ha oído bien? ¡Nada que pueda encolerizar a los manifestantes y dé lugar a un incidente lamentable! - Bien, señor - repuso el coronel retirándose del aparato. Miguel Ángel volvió ante la ventana. Desde allí vio a los soldados que continuaban avanzando al encuentro de la multitud. También vio cómo surgían de las rampas que conducían a los sótanos del Palacio Residencial un tropel de tarántulas automáticas, máquinas robots de control remoto que avanzaban moviendo rítmicamente sus tres pares de patas. Estas máquinas extrañas constituían la famosa infantería autómata del Ejército Expedicionario Terrícola. Estaban construidas con un metal llamado dedona, y cada una de ellas vendría a medir unos seis metros de longitud. Ante sus cabezas, a modo de colmillos amenazadores, se movían dos cañones que podían disparar asoladoras granadas atómicas con la velocidad de una pistola ametralladora. La multitud se detuvo temerosa al ver deslizarse sobre la lisa superficie de la Plaza de España aquellas horribles tarántulas de ágiles movimiento y fuerza arrollada. Sobre el mar de cabezas tremolaron las pancartas con alusiones a la tiranía de los Aznar. Los soldados de la guardia recibieron por radio la orden de retirarse. Lo hicieron así pasando entre las tarántulas robots. Estas se inmovilizaron a su vez y quedaron dando frente a la multitud, con sus vientres apoyados en el pavimento y sus misteriosos «ojos» electrónicos clavados en la marejada humana. El peligro de una colisión quedó neutralizado por el momento. Pero, si en Nuevo Madrid pudo evitar Miguel Ángel un choque violento entre sus tropas y los manifestantes, no ocurrió otro tanto en la mayoría de las restantes 19 grandes ciudades de Valera. En Veracruz, cumpliendo órdenes del gobernador militar de la plaza, la infantería robot arremetió contra la multitud al estilo de una manada de búfalos, arrollando cuanto se ponía por delante y dejando tras de sí un rastro de cadáveres aplastados. El orgulloso general Aznar que dio la orden de cargar contra la muchedumbre no supo adivinar que era un acto represivo de este estilo lo único que estaban esperando los Balmer para prender la chispa de la rebelión en un pueblo celoso de sus privilegios. La ira excitó los ya caldeados ánimos del populacho. Aquellos que se habían manifestado para advertir al Gobierno Militar que no querían ser desembarcados en los mundos que acababa de descubrir Valera arrojaron las pancartas y se dispersaron a la desbandada… Sólo para correr hasta sus domicilios, adosarse los arreos militares que todo valerano poseía, empuñar las armas y lanzarse a la calle decididos a todo. La lucha empezó primero en el interior de los altos rascacielos de cristal. Aznaristas y balmistas se

acometieron liquidando sus rencillas personales en una descomunal y fratricida batalla. Cuando la noticia de lo ocurrido llegó a oídos de Miguel Ángel era demasiado tarde para poner freno a las pasiones desatadas. En los campamentos militares que rodeaban la ciudad de Veracruz, las divisiones balmistas se amotinaron contra, los mandos aznaristas los asesinaron, y se lanzaron a la conquista de la ciudad haciendo estremecer el suelo con el paso de millares de tarántulas robots. Naturalmente, lo primero que hicieron los amotinados fue tomar al asalto las emisoras de televisión. Desde ellas, la flor y nata de la familia Balmer mandó sus alocuciones al resto del planetillo invitando a todos los valeranos a luchar contra la hegemonía del Estado Mayor General, modernos señores de horca y cuchillo que, por las atribuciones conferidas por otro gobierno de aznares, se consideraban dueños absolutos de los destinos de todo un pueblo de 50 millones de almas. Los acontecimientos empezaron a desarrollarse con rapidez. En su majestuoso despacho del palacio residencial, en Nuevo Madrid, Miguel Ángel Aznar tuvo que barrer apresuradamente de su mente el recuerdo de aquella ingrata esposa que le abandonaba en el momento más crítico de su carrera y ceder su sitio a la honda preocupación que le causaba el motín en efervescencia. El manifiesto de los rebeldes desde Veracruz, cargando las tintas de los sangrientos sucesos allí desarrollados, encendió la indignación popular contra «los señores de la horca y cuchillo» apoltronados en torno a la mesa del Estado Mayor General. Estos, seguros de su fuerza e irritados por los gritos de la «plebe», endiosados al cabo de tantos siglos de caudillaje y cegados por su excesivo orgullo de «clase», ordenaron la inmediata captura de los cabecillas rebeldes acusados de alta traición y la dispersión de los grupos manifestantes. Pero los Balmer tenían sus planes bien trazados, Los oficiales del Ejército afectos a los Aznar, que eran una minoría, fueron capturados y recluidos en prisión. Generales y oficiales apellidados Balmer les sustituyeron. Las divisiones acorazadas, las tropas de infantería automática y la artillería atómica, así como las selectas brigadas de tropas especiales o «comandos aéreos», se pusieron en marcha hacia las ciudades más próximas. Y no lo nacían con el desorden y la confusión propios de las tropas sin mando centralizado, sino rápida y disciplinadamente, realizando maniobras inteligentemente concebidas y evidentemente estudiadas con anterioridad. Miguel Ángel advirtió el peligro que significaba el que aquellas fuerzas armadas participaran en las luchas callejeras. Sólo la Armada Sideral sería capaz de contener aquel alud de máquinas robot batiéndolas desde el aire. Pero para destrozar estas máquinas la flota tendría que emplear, poderosos explosivos atómicos y librar una larga y dura batalla. Batalla que, de desarrollarse en las calles de las ciudades, no sólo convertirían a éstas en escombros, sino

que aniquilarían a sus habitantes. Destruir a la infantería autómata y a las divisiones acorazadas en el campo libre era una manera de reprimir el motín sin verter sangre, ya que aquellas máquinas estaban dirigidas por control remoto (radio y televisión). Miguel Ángel ordenó, pues, a la Armada Sideral que saliera al encuentro del ejército rebelde. Y fue aquí donde los «generalazos» del Estado Mayor descubrieron con estupor que habían estado durmiendo demasiado tiempo sobre la confianza absoluta de que la Flota les sería leal. En realidad, las tripulaciones de la Armada Sideral eran íntegramente leales a los Aznar. Pero las máquinas sobre las que la famosa «tribu» apoyaba su dilatada hegemonía ¡se habían revelado también! La noticia llegó hasta el despacho del Almirante Mayor por Motín en Valera conducto del radiovisor. En la pantalla de éste apareció la cabeza y el busto de un agitado almirante de los que constituían el Estado Mayor General. -¡Señor Miguel Ángel! -Gritó apeándole el tratamiento en medio de su angustia -. ¡Ocurre algo terrible... Las unidades de la Armada no responden a nuestras órdenes! -¿Cómo? -chilló Miguel Ángel palideciendo. -Una emisora transitora que no es la nuestra les retiene en sus bases, por más que nosotros les ordenamos elevarse. -¿Pero cómo es posible? -balbuceó Miguel Ángel -. ¡Eso no puede ser! Por desgracia «podía ser». La Armada Sideral, cinco millones de poderosas astronaves, las mismas que habían batido a la invencible Flota Imperial de Nahum, las que lucharon contra los hombres de cristal en Redención, hermanas de las que aniquilaron a la Bestia Gris en la Tierra y esparcido el poderío del Hijo del Sol por los más remotos confines del Universo, permanecían inmóviles en sus gigantescas bases, desobedientes a las órdenes emitidas desde las emisoras transitoras de la sala de control. ¿Qué había ocurrido? Los Aznar, entre otras cosas, habían olvidado que los Balmer, parte de grandes soldados, eran expertos mecánicos en radio; causa por la cual ejercían su modesta supremacía en el ejército autómata, todo él construido de máquinas «robot». Por exigencias de las modernas tácticas, y también porque así convenía a la seguridad del Estado Mayor General, los buques de combate de la Armada podían manejarse a la vez desde sus mismas cámaras de derrota, desde un buque almirante equipado con emisora transitara o desde la sala de control del autoplaneta Valera. La emisora transitara era una perfeccionadísima modalidad de la emisora de radio de control remoto que ya existía en el siglo XX para manejar las entonces primitivas armas dotadas de «cerebro electrónico». Tenía la particularidad de que, mientras ella estuviera en funciones, ninguna otra emisora transitara podía Interferirla, neutralizarla o arrebatarle el control de las máquinas sujetas a ella. Los tripulantes de un buque sideral no eran pues dueños de su máquina, excepto cuando el almirante que tenía en su poder la

emisora transitora así lo disponía. Y, a su vez, los almirantes tampoco podían dar órdenes a sus flotas en tanto la emisora transitora emplazada en Valera no les cediera el control de las escuadras. Las unidades de la Armada Sideral terrícola tampoco podían alejarse del radio de acción de las emisoras transitoras hasta tal punto que se vieran libres de su esclavitud. Cuando un buque arrumbado en dirección contraria a la emisora alcanzaba los límites de acción de ésta, un dispositivo les hacia virar y les obligaba a regresar. Este no sólo era un invento maravilloso bajo el punto de vista táctico, sino también político. La Sala de Control del autoplaneta Valera estaba ubicada en los sótanos del Palacio Residencial de Nuevo Madrid. Desde aquí, Miguel Ángel Aznar y su Estado Mayor General podían ordenar lo que quisieran a su poderosa Armada Sideral. Sólo en el caso de que ellos lo dispusieran así podrían los distintos almirantes de las respectivas flotas tomar el control de las fuerzas adscritas a su mando. Prácticamente bastaba un solo hombre para mandar sobre cinco o millones de buques de combate. Existía, naturalmente, un medio de liberar a los buques de la emisora transitora. Este consistía en forzar las sólidas puertas que encerraban el mecanismo de control en cada buque (puertas que sólo se abrían desde la emisora transitora) y efectuar algunas manipulaciones en los enrevesados cerebros electrónicos obedientes a la emisora. Desde luego, al ser forzada esta especie de gruta del tesoro, una lucecilla roja se encendía en el gigantesco tablero de mandos de la sala de control de Valera. Sin embargo, podía hacerse, siempre y cuando fuera tan lejos de la base que ningún buque pudiera llegar a punto de evitarlo. Y por esta causa la lealtad de los cerebros electrónicos debía estar respaldada con la lealtad de las tripulaciones humanas. Pero no era forzando ni alterando uno por uno los dispositivos de control remoto de cada buque como los Balmer consiguieron, tener neutralizada la poderosa arma aérea. Hábiles mecánicos electricistas, a los que el mundo debía todos o casi todos los adelantos conseguidos en esta rama científica, los Balmer habían encontrado la forma -ellos sabrían cómo- de que los cerebros electrónicos de la Armada permanecieran sordos a las imperativas órdenes de la Sala de Control. Miguel Ángel Aznar recibió la noticia con estupor. A esta sensación siguió otra inmediata de preocupación por su propia suerte, pero sobre ésta se levantó un extraño y nuevo sentimiento; mezcla de alegría y admiración. El almirante Aznar Plot continuaba asomado a la pantalla de su aparato de televisión. - ¡Esos diablos de Balmer! -exclamó-. ¿Cómo diablos lo habrán hecho? Porque esto es obra suya desde luego. Lo que me admira es que hayan podido tener el secreto tan bien guardado… -¿Es todo cuanto se le ocurre decir, señor Aznar? -Rugió el enfurecido almirante-. ¿Por qué no busca la forma de evitar esta catástrofe? -Esto

liquida el asunto de una vez, querido Plot, -dijo Miguel Ángel con pupilas brillantes-. No podemos ofrecer resistencia, y por lo tanto no habrá más derramamiento de sangre. -Me admira su optimismo -aseguró Plot-. ¿Qué cree que harán los Balmer de usted y de todos nosotros cuando nos cojan? -No lo sé, aunque tal vez dependa en gran parte de lo que nosotros hagamos ahora. Si continuamos ofreciendo resistencia no conseguiremos otra cosa que exasperarlos e incitarles a la violencia. ¡Basta ya de lucha, almirante! Voy a ordenar que se ice bandera blanca en la azotea del palacio residencial. En cuanto a la Armada, ordeno que todas las tripulaciones se acojan a sus buques y esperen serrados en ellos el cese de las hostilidades. -¿Se da usted cuenta de que esta es la última orden que un Aznar da a bordo del autoplaneta Valera? -preguntó Plot con la faz demudada. -Sí, almirante -contestó Miguel Ángel con tristeza. El almirante Aznar Plot abatió su orgullosa cabeza, una cabeza de Aznar, y cortó la comunicación. Miguel Ángel llamó a uno de sus ayudantes. -Suba personalmente a la azotea y ponga en el asta el lienzo blanco más grande que pueda encontrar. Luego pase por mis habitaciones particulares y traiga aquí a mi madre, a mi hermana y a mi sobrinita. Mientras se cumplían aquellas instrucciones, Miguel Ángel se puso en contacto con todos los gobernadores militares de las distintas capitales a la vez. Les dio cuenta de lo ocurrido con la Armada y les comunicó su intención de rendir las armas a los rebeldes. La neutralización de la Armada por los Balmer sembró la consternación entre los Aznar. Algunos de éstos se mostraron partidarios de seguir ofreciendo resistencia. Pero la mayoría, dando muestras de la sensatez que siempre habla distinguido a los miembros de la familia y que últimamente había quedado eclipsada por un periodo de poder excesivamente largo, se manifestaron de la opinión del Almirante Mayor. Al dar por terminada su conferencia, la señora Mercedes, viuda de Aznar, Estrella y la hija de ésta entraban en el despacho de Miguel Ángel. Habían estado escuchando la radio y se mostraban muy asustadas. -Hijo mío -murmuró doña Mercedes-. ¿No seria conveniente que huyeras antes de que lleguen los rebeldes? -Huir, ¿a dónde? -Puedes escapar hasta Nahum. Allí tienes muchos y buenos amigos… Por cierto, que hace horas que no veo a Ámbar. ¿Dónde está? El recuerdo de la traición de Ámbar penetró como un estilete en el cerebro del joven caudillo. -Ella emprendió el regreso a Nahum hace algunas horas - informó con voz ronca-. Me dijo que no se casó conmigo para ser la esposa de un vulgar tenientillo de la Armada Sideral Terrícola… y que se volvería a Nahum si yo no le prometía defender mi cargo de Almirante Mayor. - ¿Quieres decir… que te abandonó? -murmuró doña Mercedes clavando sus ojos escrutadores en los de Miguel Ángel. -Quería quedarse unas horas más para ver en

qué quedaba el motín. ¿Pero qué podía hacer yo en adelante con una mujer que sólo amaba de mí los honores que por mi cargo recibía? La devolví a su pueblo. -Hiciste bien -mascullό Estrella haciendo rechinar sus menudos dientecillos. - ¿Y ahora… qué será de nosotros, hijo mío? -interrogó doña Mercedes sin comentar la decisión de su hijo. Miguel Ángel fue a situarse ante la ventana. Desde allí pudo ver las calles que desembocaban en la Plaza de España atestadas de gentío. Unas esferas grises flotaban sobre las cúpulas de los rascacielos como globitos de gas empujados por el viento hacia el palacio residencial. Eran los modernos tanques del Ejército Expedicionario Terrícola, máquinas de destrucción que se movían en el aire en vez de arrastrarse por el suelo como los prehistóricos artefactos del siglo XX, del que sólo conservaban el nombre por tradición. Detrás de los blindados, Miguel Ángel pudo ver una densa nube que brillaba al sol en dirección al palacio. Eran las tropas especiales o «comandos» del aire, soldados escogidos enfundados en armaduras completas de cristal, con una caja en las espaldas que les hacia flotar -Vienen para asaltar el edificio -Murmuró. Miguel Ángel. Y acercándose al radiovisor ordenó al ayudante que apareció en la pantalla-: Abran las puertas de par en par. Volvió el joven a la ventana. Desde allí vio a la multitud que se lanzaba a la carrera a través de la monumental Plaza de España, sin duda para asaltar el edificio cuyas puertas acababan de abrirse. Pero los comandos del aire llegaron antes y entraron en los rascacielos por puertas y ventanas a la vez. Miguel Ángel apretó el botón del dispositivo que habría la suya. Entonces entró por el hueco el formidable rugido de la multitud que llenaba la plaza. Afuera se escucharon gritos estentóreos, órdenes y golpear de armas contra las corazas de cristal. La puerta del despacho se abrió violentamente vertiendo en la sala un alud de hombres altos y robustos, todavía más robustos y más altos a causa de las sólidas armaduras de vidrio azulado que les cubría de pies a cabeza. Instintivamente, las dos mujeres y la niña fueron a arrimarse a Miguel Ángel, en busca de protección. Media docena de comandos aéreos penetraron como proyectiles por la ventana y aterrizaron suavemente junto a los Aznar. Al entrar en la sala, el grupo de rebeldes lo hizo con la decisión de quien espera encontrar resistencia y va dispuesto a arrollarla, el aspecto de aquellos atletas, así como las armas que empuñaban y su actitud belicosa no era, ciertamente, para infundir confianza, Estrella Aznar profirió un pequeño grito. Miguel Ángel se puso ante las mujeres y las cubrió con sus brazos. Erguido y soberbio, sus pupilas centelleantes se clavaron en los intrusos. Estos se detuvieron cual si tropezaran con una barrera invisible. Eran Balmers y detestaban a los Aznar. Quizás al asaltar el palacio residencial iban decididos a sacar a empujones al Almirante Mayor. Sin embargo se detuvieron. El

prestigio de Miguel Ángel no reconocía fronteras ideológicas. Él había rescatado a Valera del poder de los nahumitas. Había salvado de la esclavitud a cincuenta millones de valeranos sin distinción de apellidos. Era el último descendiente por rama directa de aquel legendario Miguel Ángel Aznar que fundó un imperio. Era el Almirante Mayor. El «superalmirante». Un dramático silencio se alzó como una valla en aquellos cuatro metros que separaba a los comandos de la familia Aznar. Los amotinados parecían estatuas de vidrio. Era evidente que, aún deseándolo, nadie se atrevía a avanzar. Hasta que tres o cuatro hombres vestidos de vidrio aparecieron en la puerta y se abrieron paso entre los comandos. Uno de ellos venía quitándose la escafandra de cristal azul. Debajo de ésta apareció el rostro de José Luis Balmer. - ¡Papa! -exclamó la niña desde los brazos de Estrella Aznar. -Me complace encontrar a toda la familia reunida -gruñó José Luis Balmer avanzando hasta el grupo y deteniéndose al otro lado de la regia mesa escritorio-. Esto me evitará tener que mandaros a buscar. Dos de los hombres vestidos de cristal que seguían a José Luis se adelantaron despojándose de sus escafandras. Miguel Ángel les reconoció. Eran dos de los generales más viejos del Ejército, y los dos se apellidaban Balmer. -Excelencia- dijo uno de ellos clavando sus ojos en los negros y serenos de Miguel Ángel-. La Junta Revolucionaria le destituye a usted de su cargo y le conmina a entregarse sin resistencia. - La Junta que usted representa no tiene atribuciones para destituir a un almirante elegido por un Estado Mayor General que ha sido nombrado a su vez por el Gobierno de la Federación de Planetas -repuso Miguel Ángel con voz tranquila-. Les supongo enterados de que con este acto se hacen ustedes reos de alta traición. - ¡Déjese de palabrería inútil, Miguel Ángel -refunfuñó el otro general de tres estrellas-. Sabemos bien lo que hacemos, y usted sabe también lo que queremos decirle. -Sí. Soy su prisionero, eso es lo que quieren decir. Estrella Aznar dio la vuelta a la mesa y se acercó impetuosamente a su marido. -José Luis -dijo con voz llorosa -. ¿Qué os proponéis hacer con mi hermano? -En reconocimiento a los servicios prestados a la nación, la Junta Revolucionaria ha decidido perdonarle la vida. Será desembarcado y abandonado a sus propios medios junto con otros miembros de su casta en uno de esos planetas thorbod deshabitados… - ¡Tú no puedes hacer eso con tu mejor amigo! -No soy yo quien le ha impuesto ese castigo -refunfuño el joven rehuyendo la mirada taladrarte de su viejo amigo-. En realidad puede darse por contento con salir tan bien librado. -¿Por qué? - Gritó la joven con lágrimas de desesperación en sus bellos ojos-. ¿Qué crimen ha cometido? -Tú no puedes comprenderlo, querida. Eres una Aznar. Si tú cogieras uno por uno a los hombres que gritan ahí en la plaza y les recordaras lo que tu hermano ha hecho por ellos, todos se

mostrarían partidarios del perdón. Pero los hombres son distintos cuando muchos de ellos se unen formando lo que llamamos «masa». La masa no tiene corazón ni conciencia, y si en vez de ser nosotros los primeros en llegar se nos adelanta el populacho, ¿qué crees tú que hubiera ocurrido? No será necesario que te recuerde lo que un populacho enfurecido hizo con tu padre y tu abuelo. Estrella Aznar escondió el rostro entre tos bucles de su hijita y se echó a llorar. Miguel Ángel, que había experimentado una extraña sensación de vacío en el estómago al oír las palabras de José Luis, miró interrogante a los generales rebeldes. -¿Qué significa eso de «será abandonado a sus propios medios»? -preguntó. -Significa, señor Aznar, que no les daremos a ustedes buques, vehículos con motor atómico ni máquinas herramientas con las cuales puedan ustedes construir astronaves capaces de llevarles a la Tierra antes de un plazo de dos siglos cuando menos. Esto les obligará a ustedes a trabajar de firme y a colonizar esos planetas. Es lo mismo que ustedes querían obligara hacer a un puñado de millones de valeranos. - ¡Pero nosotros nos les hubiéramos abandonado como náufragos! -protestó el joven palideciendo. -No. Hubieran desembarcado también gran cantidad de maquinaria… y muchos buques de guerra. Buques tripulados por Aznares, mandando por Aznares… Para que nadie pudiera fugarse y los Aznares continuarán siendo los modernos emperadores de esos nuevos mundos. Miguel Ángel Aznar no contestó. Acababa de adivinar los propósitos que aquel Balmer no llegó a confesar. Los Aznar serian los llamados a repoblar y colonizar aquellos planetas desiertos. Los Balmer eliminaban así de una vez el peligro aznarista y él castigo del gobierno federal que les pediría cuenta al rendir viaje en la Tierra. Los Balmer hallarían sin duda la forma de justificar su rebelión. Y, desde luego, habrían cumplido las severas órdenes del Gobierno; esto es, no dejar atrás mundos deshabitados donde la vida fuera posible y donde en un futuro no muy lejano se verterían los excesos de población de otros mundos.

CAPITULO CUARTO

¡ABANDONADOS!

El gigantesco disco volante de la Armada Sideral Terrícola descendía suavemente sobre las inmensas selvas. Al sonar por los altavoces la voz de «¡Prepárense para desembarcar!», tos 200.000 hombres y mujeres que se amontonaban en los pisos inferiores de la gigantesca máquina se agitaron levantando el tono de sus voces. Los niños que formaban parte de la expedición, ninguno de los cuales contaba más de cuatro años de edad, se echaron a llorar como si

presintieran en aquel grito que no entendían el principio de una nueva vida llena de penalidades. En un extremo de la enorme cárcel donde millares de Aznares lamentaban amargamente llevar aquel apellido, Miguel Ángel departía con un grupo de hombres y mujeres, entre las que se contaban también su madre y su hermana, así como la hija de ésta. Las personas que rodeaban al ex-Almirante Mayor eran en su mayoría hombres de ciencia a quienes su apellido conducía al destierro. -Agradeciendo mucho la deferencia que me hacen -estaba diciendo Miguel Ángel- siento decirles que no puedo aceptar esa idea. Soy muy joven y he sufrido demasiados sinsabores en el corto tiempo que asumí la dirección de los asuntos públicos. Busquen a otro para que acaudille nuestra tribu. ¿Han mirado entre los generales? Allá en Valera había muchos hombres rabiando por mandar. -Ahora ya no estamos en Valera, amigo mío -repuso el profesor Armendáriz, que sin ser un Aznar había seguido a los de este apellido al destierro-. El jefe de nuestra nueva colonia, ciertamente, no puede esperar grandes honores y deferencias por el desempeño de su cargo. No tendrá a su alrededor ayudantes, secretarios ni una legión de máquinas que le faciliten la tarea de mandar. Nuestra colonia no precisa de un viejo general cascarrabias, acostumbrado a dar órdenes y hacer su santa voluntad. Lo que necesitamos aquí es un hombre joven, sano, fuerte, dinámico, inteligente…, querido y respetado por todos, capaz de imponerse por su prestigio, más bien que por su cólera.»Tenga en cuenta - añadió el astrónomo sonriendo- que nuestro caudillo no dispondrá de un ejército en el que apoyar su autoridad. Para que un jefe se haga obedecer en estas circunstancias ha de contar con ese don persuasivo que sólo es patrimonio de los grandes líderes. Y eso lo tiene usted, señor Aznar. - ¡Bah, bah! - Refunfuñó Miguel Ángel haciendo ademanes negativos y moviendo la cabeza-. No me doren la píldora, caballeros. ¿Por qué se empeñan en complicarme la existencia? Denme a talar los árboles de uno de esos continentes misteriosos… pero no me metan otra vez en un fregado como este que acabo de abandonar, se lo ruego. Esta conversación quedó súbitamente interrumpida cuando el profesor Castillo anunció, señalando con la cabeza: -Ahí llega su cuñado. José Luis Balmer, en efecto, se abría paso a codazos entre la multitud que atestaba el compartimiento. Sobre sus hombros de atleta descansaban las charreteras de acero con el gran diamante en forma de lucero de los generales de brigada del Ejército Autómata. Al verle, Estrella Aznar intentó escabullirse entre la gente llevando en brazos a su hija. Pero José Luis la atajó, la asió de un brazo y la arrastró consigo hasta donde se encontraba Miguel Ángel. Este le volvió la espalda. Pero su viejo amigo le asió de un brazo y le obligó a mirarle a la cara. -Tenemos que hablar, Miguel Ángel -gruñó hoscamente. - ¿Nosotros dos? -preguntó el ex Almirante Mayor. -

Acerca de Estrella, sí. Y también usted debe de escuchar lo que voy a decirles, doña Mercedes -agregó José Luis volviéndose hacia su juvenil suegra, la cual acababa de tomar a la niña en brazos-. Ustedes saben que he pedido encarecidamente a Estrella que se quede a mi lado. -¡No abandonaré a mi madre ni a mi hermano! -aseguró Estrella. -El caso es, querida, que si tú me abandonas voluntariamente tendrás que dejar a la niña conmigo. Esa es la ley. - ¡La ley! -Exclamó la joven madre-. ¿Cómo puedes invocarla tú que la has atropellado mil veces en los últimos días? ¡No me separaré de mi hija… tendrás que matarme para quitármela! José Luis se volvió entonces hacia Miguel Ángel. -Lamentaría tener que emplear la violencia para quitarle la niña -aseguró sobriamente-. Tú sabes que me asiste la razón, Miguel Ángel. Puedes y debes interceder por mí. Sabes que amo a Estrella y que no quiero perderla. Si ella se quedara en Valera, tu madre se quedaría también por no separarse de Merceditas. He obtenido autorización para que mamá pueda continuar en Valera. ¿Vas a permitir que ellas te sigan en el destierro para vivir una existencia llena de penalidades? Miguel Ángel volviose para mirar a los tres seres que más amaba en el mundo, a excepción quizás de aquella ingrata esposa que le abandonó en las horas críticas. El solo pensamiento de tener que separarse de ellas le aterró. Pero, de otro lado, tampoco podía permitir que unieran su suerte a la de él. -Coge a la niña y llévatela -murmuró entre dientes-. Estrella te seguirá… y mi madre también. José Luis le miró con agradecimiento. Volviose hacia su esposa -Ven conmigo, Estrella -ordenó con imperio: - ¡No! Los altavoces gritaron: - ¡Prepárense para desembarcar! ¡Vayan formando en fila ante las escotillas! -Nos veremos luego -dijo José Luis volviendo la espalda a su esposa. Desapareció entre la multitud que se arremolinaba hacia las escotillas. Las familias se llamaban a gritos para mantenerse juntas en la confusión del desembarco. Esta era la última expedición de desterrados, el total de un millón y medio de seres que ya habían llegado al planeta desierto en los viajes anteriores. -Tú marido volverá enseguida acompañado de los soldados - dijo Miguel Ángel a su hermana-. Debes ser razonable y seguirle. Mamá se quedará también por no separarse de la niña y las tres evitaréis las penalidades que nos esperan en este mundo. Estrella volvió en torno sus ojos llenos de lágrimas. Pero doña Mercedes de Aznar había desaparecido con la niña. - ¡Mamá! -gritó Estrella alarmada-. ¿Dónde está? ¿Quién la ha visto? -Se ha marchado por ahí, señora -señaló un hombre en cuyos hombros descansaban las insignias de capitán de fragata. - ¡Intenta desembarcar con la niña! -gritó Miguel Ángel -. ¡Vamos a buscarla! Se introdujeron entre la multitud. Las puertas acababan de abrirse y la gente saltaba a tierra. Abriéndose paso a empujones, escuchando aquí y allá las protestas de los atropellados,

Miguel Ángel avanzó medio centenar de metros sin dar con su madre. Empinándose sobre las puntillas de los pies, vio por encima del mar de cabezas los penachos de los cascos de un grupo de soldados que avanzaban abriéndose paso a golpes de culata. La corriente humana le empujó hasta el borde de una de las escotillas. Por la rampa en forma de espiral creyó ver entre el gentío los dorados bucles de Merceditas. Pero no debía de ser su sobrina, pues la niña iba en brazos de un hombre. - ¡Vamos, adelante! -Le gritaron mientras le empujaban por la espalda-. ¿Qué hace parado ahí como un pasmarote? Involuntariamente, Miguel Ángel se vio arrastrado hacia la rampa. Había otras cuarenta o cincuenta rampas iguales vertiendo un torrente humano sobre las pisoteadas arenas de una enorme playa. Y medio centenar más de escotillas y ascensores arrojando cajas, sacos y diversos bultos. Los Balmer tenían prisa por terminar la faena y emprender el viaje a la Tierra. Los altavoces atronaban el espacio por encima de las cabezas de la multitud ordenando que se apresuraran, y los desterrados obedecían automáticamente, aunque ninguna prisa sentían por pisar aquella tierra desconocida que había de ser su tumba. Los pies de Miguel Ángel hollaron la martirizada arena de la playa. Sobre su cabeza se extendía la enorme masa del «disco volante"» la cual hubiera aplastado al gentío de descender unos metros más. Inesperadamente vio junto a él a su madre. - ¡Mamá! -gritó-. ¿Dónde está la niña? -Se la entregué a un hombre. Temía que José Luis estuviera junto a la rampa, o que hubiera dado orden de detenernos a los soldados. - ¿Por qué has hecho eso? La niña no es nuestra. Debe volver con sus padres. ¡Busca a ese hombre! -Yo no pienso como tú, hijo mío. Estrella prefiere quedarse con nosotros a seguir a su marido. - ¿Qué sabes tú de eso? ¡Estrella ama a José Luis, después de todo! ¡Debe acompañarle… y tú también! -Yo no puedo marcharme dejándote a ti en este mundo, sin esperanzas de volverte a ver jamás. Ni puedo tampoco quedarme contigo y dejar que mi hija y mi nieta se vayan ¡y no verles ni saber de ellas nunca más! Si José Luis no encuentra a la niña tendrá que escoger entre quedarse con nosotros o partir con su gente renunciando para siempre a su hija y a su esposa… ¡Y yo creo que se quedará! - ¡Ah! -farfulló Miguel Ángel comprendiendo-. ¿Fue eso lo que pensaste al huir con la niña? -Sí. Y ahora alejémonos de aquí, no vayan a acogernos y a anunciar que nos harán cualquier barbaridad si los que se han llevado a la niña no la devuelven al disco volante. Miguel Ángel se dejó llevar entre la apiñada multitud Dejaron atrás la aplastante cobertura del gigantesco «disco volador». La playa estaba limitada de un lado por el mar, del otro por la desembocadura de un caudaloso río, y de la parte de tierra por la muralla alta y oscura de una intrincada selva. Sobre aquel retazo de arena se amontonaban millón y medio de seres humanos, así

como montañas de cajas, latas de conservas, paquetes y haces de herramientas. También habían sido desembarcados con anterioridad cierto número de caballos, toros, ovejas y toda clase de animales domésticos de procedencia nahumita. La confusión y el ruido eran enormes. Una espesa nube de polvo se cernía sobre la playa. El contingente recién desembarcado iba a llenar el último palmo de terreno disponible, porque los desterrados no habían tenido tiempo todavía de talar árboles y ensanchar el espacio robándoselo a la selva. -El hombre que se llevó a la niña me dijo que esperaría oculto al borde del bosque -anunció doña Mercedes. En efecto. A poco de haberse alejado del disco volador oyeron una voz que llamaba desde la espesura. Fueron allá y se reunieron con el coronel Tortajada, uno de los ayudantes de campo del que fuera Almirante Mayor de las fuerzas armadas expedicionarias terrícolas. -Nosotros nos quedamos aquí con la niña -dijo doña Mercedes al coronel-. Vaya usted a ver sí encuentra a mi hija y la trae aquí. Escondidos entre las matas, Miguel Ángel y su madre reanudaran la discusión: - Creo que hacemos mal en retener a la niña -refunfuñó el joven atisbando por entre las ramas-, No es justo que la separemos de su padre. Algún día, cuando sea mayor y sepa que la raptamos, nos echará en cara nuestra culpa. Se preguntará cuál hubiera sido su vida si en vez de quedarse en este mundo salvaje hubiera seguido viaje hasta la Tierra. -Si su padre se marcha dejándola aquí habrá demostrado tenerle muy poco amor -repuso doña Mercedes -. Y en cuanto a lo otro… ¿quién sabe? Tal vez sea más feliz aquí que allá en la Tierra, a donde llegaría ya vieja para caer en un mundo lleno de sorpresas, que no podrá comprender porque habrá adelantado en varios miles de años a su civilización. Déjame hacer, Miguel Ángel. Yo también soy madre y conozco las reacciones del corazón humano. José Luis no abandonará a su hija. El tiempo transcurrió rápidamente mientras estaban entretenidos en esta conversación. El "disco volador" vertió sobre la playa su último contingente de hombres y bultos e hizo sonar su poderosa sirena anunciando que iba a partir. Las rampas extensibles, en efecto, fueron retiradas. Las escotillas se cerraron y los desterrados prorrumpieron en un grito que era a la vez mezcla de desesperación, ira y desafío. El gigantesco transporte empezó a ascender majestuosamente, atronó el espacio con el aullido de su sirena al alcanzar los quinientos metros de altura, y luego se lanzó decididamente a la inmensidad del cielo azul. Desde la playa, millón y medio de hombres y mujeres le siguieron con la vista, amenazándole con el puño y bramando injurias contra su tripulación. Hasta que, al cabo de veinte minutos, la máquina voladora quedó reducida a un brillante puntito en el espacio, y luego nada. Los gritos cesaron entonces. Y en el abrumador silencio que siguió, los ojos arrasados en lágrimas apearon la mirada del cielo para posarla, afligida e irritada,

en el paisaje terreno extendido a su alrededor. Fue en este opresor silencio cuando regresó el coronel Tortajada Aznar acompañado de Estrella, de los profesores Castillo y Ferrer, y de algunos otros eminentes hombres de ciencia emparentados con los Aznar. Libres del temor de ser descubiertos, Miguel Ángel y su madre abandonaron la selva y se reunieron con sus amigos en la playa. Estrella apretó a su hija contra su corazón. - ¿Dónde está papá, mami? -Interrogó la chiquilla -El papá se ha marchado de viaje, hija mía -murmuró la joven mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. No fue sino cuatro horas más tarde, cerca ya del anochecer y mientras Miguel Ángel y su familia comían sentados sobre grandes cajas de conservas, cuando inesperadamente surgió de entre la multitud José Luis Balmer. Un José Luis Balmer cuyas pupilas brillaban febriles, que daba muestras de gran fatiga y apareció con los vestidos hechos jirones. Durante cuatro horas el joven Balmer había estado braceando entre el gentío que llenaba la playa, llamando a su esposa con voz enronquecida por el cansancio y la rabia. Los soldados no habían querido seguirle a tierra cuando se convenció que ni su hija ni su mujer estaban a bordo del "disco". Saltó a la playa, mezclándose con la multitud y alejándose del aparato. Este cerró sus compuertas y se elevó sin que el enfurecido general de brigada hiciera nada para alcanzarlo. La aparición de José Luis Balmer fue acogida por Estrella con grito de sorpresa y júbilo. Corrió atropelladamente a arrojarse sus brazos. - ¡Vaya! -Exclamó Miguel Ángel alegremente sorprendido también mirando a su madre-. No cabe duda de que acertaste… Doña Mercedes sonrió modestamente, pero no tuvo tiempo de decir nada, porque José Luis venia recto hacia el ex Almirante Mayor después de apartar con cierta brusquedad a su joven posa. - ¡Perro traidor! -Rugió-, ¡Debí suponer que me jugarías una de tus cochinas tretas! Y antes de que los profesores y demás allegados que estaban junto a Miguel Ángel Aznar pudieran evitarlo, el brigadier lanzó su puño contra la mandíbula del ex Almirante derribándole de espaldas en la arena. Se armó un revuelo con gritos y carreras mientras José Luis Balmer se arrojaba sobre Miguel Ángel. Los presentes cayeron sobre los dos jóvenes y les separaron a empujones. Pero ocurrió que algunos jefes de la "tribu" Aznar reconocieron al cuñado de Miguel Ángel, y entonces fue el joven Balmer quien peligró entre las garras de sus enfurecidos rivales. - ¡Alto… alto! -gritó Miguel Ángel corriendo en auxilio de su amigo. - ¡Es un Balmer! -Gritó una voz-. ¡Linchémosle! -Nadie tocará un cabello de este hombre -aseguró Miguel Ángel con firmeza -. Se ha quedado aquí por su voluntad. Los oficiales se apartaron refunfuñando del grupo. José Luis Balmer tomó a su hijita en brazos e hizo señas a su esposa para que le siguiera. Pero antes de alejarse volviose para decir a su cuñado: -No creas que esto arregla

nuestras cuentas, amigo. Y desapareció entre el gentío seguido dócilmente por su mujer. Miguel Ángel le estuvo mirando afligido hasta que un hombre se le acercó para entregarle una pistola automática sucia de arena. -Tome, señor. Se le cayó al Balmer durante la pelea. Miguel Ángel tomó el arma y la guardó en el bolsillo sin decir palabra.

CAPITULO QUINTO

TIERRA VIRGEN

A la mañana siguiente, después de una noche pasada a la intemperie, los forzados colonos se miraron unos a otros sin saber por dónde atacar a la descomunal empresa que posaba sobre ellos.

Como había sucedido siempre cuando un grupo de hombres se enfrentaban ante un problema común, no tardaron en aparecer individuos que, poseedores de naturales dotes de mando, reunieron en torno suyo a sus vecinos más próximos asumiendo espontáneamente la dirección de los grupos.

Fueron estos hombres quienes, inspirados por su sentido práctico, dirigieron la empresa de ensanchar el espacio disponible junto a la playa talando árboles y construyendo cobijos con los troncos.

- Si procediéramos con sentido común -dijo el profesor Castillo a Miguel Ángel- lo primero que debiéramos hacer es organizar el trabajo y hacer un inventario del equipo que tenemos.

- Muy bien -repuso Miguel Ángel tomando un hacha y probando su filo con la yema del pulgar-. Háganlo.

- Escuche, señor Aznar -dijo el profesor-. No sé si me expreso mal o usted no sabe entenderme. Lo que trato de hacerle ver es la necesidad de sincronizar las actividades de toda la colonia, y para eso hace falta alguien con autoridad para dar y hacer cumplir sus órdenes. Usted es el hombre más indicado para ello. Todos lo esperan, y si usted se echa atrás eludiendo el bulto no conseguirá más que dar pie a críticas desagradables.

- Explíqueme mejor eso -gruñó el joven apoyándose sobre el mango del hacha.

- Usted no puede inhibirse de los problemas de esta colonia, Miguel Ángel. Fue almirante mayor allá en Valera. Si en las horas buenas no renunció al cargo, menos puede hacerlo cuando su tribu lo necesita de verdad. Tal vez el único consuelo que cabe a estas gentes es el hecho de tenerle a usted entre nosotros. La tarea de colonizar mundos y organizar nuevos y poderosos estados siempre fue exclusiva de los miembros de la familia de usted. Tenerle aquí equivale a una garantía

de rápido progreso y futuro esplendor.

- ¿Es eso lo que mis parientes esperan de mí? -preguntó Miguel Ángel mirando en rededor. -Sí.

Miguel Ángel quedó unos minutos pensativo. Cuando todavía era Almirante Mayor en Valera anhelaba la paz, la falta de responsabilidades y la modestia de aquellos millones de seres oscuros que veía agitarse desde las ventanas de su majestuoso e imponente Palacio Residencial. Le entristecía y repugnaba la envidia, la insidia y el afán de destacarse de quienes le rodeaban. Pero éste, ciertamente, era un mal común en aquella moderna sociedad que, sobrada de tiempo y sin preocupaciones de índole material, no tenía más empeño que distinguirse en las artes, las letras, los deportes o la política.

La situación era distinta sobre la faz de este nuevo mundo. Sin la complicada maquinaria que había abierto paso a la civilización en otros remotos mundos, los valeranos iban a tener que trabajar de firme, a agudizar el ingenio y a disponer, en fin, de escaso tiempo para echar a volar la fantasía y soñar en sobresalir de los demás. Los mismos generales y almirantes que allá en Valera empleaban todas sus energías en conspirar, se mantenían ahora apartados de Miguel Ángel.

No eran "generalazos" lo que la nueva colonia necesitaba en ese momento, sino agricultores, sabios, hombres de ciencia, ingenieros... gentes que siempre habían servido a la sociedad terrícola en silencio y efectividad, héroes anónimos en continua lucha para ensanchar los conocimientos humanos en los campos de la electrónica, la medicina y la cibernética. Estos hombres eran los que ahora rodeaban a Miguel Ángel rogándole que les acaudillara.

- Usted gana, profesor -murmuró Miguel Ángel tirando el hacha e irguiéndose-. Asumiré la jefatura de la colonia, si eso es lo que se espera de mí.

Se iluminaron de alegría los rostros que formaban círculo alrededor del joven Aznar. Y allí mismo, sobre la caliente arena, bajo los rayos del inclemente sol, se trazaron los primeros proyectos para erigir una civilización sobre un mundo virgen.

- Los Balmer se han marchado sin dejarnos más que lo imprescindible para sobrevivir- dijo Miguel Ángel, No tenemos máquinas aserradoras ni terraplenadoras, ni tractores para convertir esa selva en fértiles sembrados. Sólo disponemos de hachas, machetes, picos, palas, martillos y alguna insignificancia más. Nuestros compatriotas se han llevado todo lo que pudiera servirnos para progresar rápidamente, construir astronaves y evacuar a la Tierra o a los no lejanos planetas nahumitas. Pero hay algo que no han podido quitarnos, y esto son los múltiples conocimientos que tenemos acerca de cómo se hace o fabrica cuanto hayamos de menester. Aunque muy pobres en medios, somos inmensamente ricos en recursos y

conocimientos. ¿No creen?

- ¡Oh, desde luego! -exclamó el profesor Ferrer riendo-. Aunque sin máquinas y sin más provisiones que las indispensables para sobrevivir una semana, poseemos mucho más que Colón al desembarcar en América. Sabemos cómo conseguir cuanto nos hace falta. Nosotros no andaremos por ahí a la captura de fabulosas minas de oro, sino a la búsqueda de yacimientos de hierro, hulla, cobre, petróleo y de cuanto precisemos para construir la fragua donde forjaremos el torno que fabricará los émbolos de la primera máquina a vapor que moverá la primera central térmica, para crear la primera electricidad que moverá los primeros motores eléctricos de las primeras máquinas que derribarán la selva, horadarán la tierra y ensancharán nuestros dominios…

- ¡Bravo! -rugió Miguel Ángel apretando los puños -. Así es como se debe hablar.

- Y como se debe trabajar, no lo olvidemos -advirtió uno de los sabios riendo. - ¡Pues manos a la obra!

Lo primero que hizo Miguel Ángel fue inventariar el equipo y las provisiones dejadas allí por los Balmer.

- No hay ni una mala escopeta de caza -comentó el coronel Tortajada.

- Ni maldita la falta que hace contestó el profesor Castillo.

- ¡Hombre, no diga! Para cazar o defenderse de las fieras… -En este mundo no hay fieras -aseguró el sabio-. Ni tampoco caza. ¿0 todavía no se ha dado usted cuenta de que ni siquiera hay insectos?

- ¡Caray! - Respondió el coronel mirando en derredor-. Pues ahora que usted lo dice… ¡Calle, es verdad!

No he visto un solo bicho desde que estamos aquí. ¿A qué se debe esto?

- Este planeta, y los restantes de esta galaxia también, fueron bombardeados con artefactos termonucleares por los nahumitas. Toda la atmósfera quedó envenenada de radioactividad. La vida animal y la vegetal perecieron por completo, y los hombres grises tuvieron que evacuar sus planetas para venir a buscar refugio en los nuestros. Con el tiempo la radioactividad fue disipándose y el aire se hizo respirable para los seres vivos. Pero si hubo semillas que se salvaron de la catástrofe y germinaron al cabo de los siglos, no puede decirse lo mismo de las bestias. El Creador tendría que haber encendido aquí de nuevo la llama de la vida para que encontráramos hombres, animales o insectos, y el milagro no se ha repetido, evidentemente.

- ¡Pues estamos aviados! -Refunfuñó el coronel-. Tener que alimentarnos exclusivamente de frutos y plantas. ¡Oiga! ¿Y no es posible que quede pesca al menos?

- Es posible, aunque es improbable. Las cenizas radioactivas que

flotaban en el aire acabarían posándose sobre la tierra y los mares. Las aguas quedarían a su vez envenenadas de radioactividad.

- Será cuestión de comprobarlo. Y se comprobó arrojando anzuelos cebados al río y al mar. No había peces en las aguas y, al menos hasta que el ganado desembarcado procreara, los terrícolas se verían obligados a alimentarse exclusivamente de vegetales.

La selva, por fortuna, daba con prodigalidad exóticos frutos cuyas cualidades alimenticias fueron analizadas por el profesor Castillo satisfactoriamente. Los exilados tenían también buena provisión de granos y semillas para sembrar. La alimentación de la colonia estaba asegurada, a condición de que los proscritos se la procuraran talando y limpiando la selva, arando la tierra, sembrando y cultivando los campos. Esto representaba para los hijos de la Tierra un retroceso de siete milenios en la forma de procurarse los alimentos. La ciencia habla liberado al hombre de la esclavitud de la tierra al descubrir el proceso llamado fotosíntesis, por medio del cual las plantas fijaban en sus organismos las energías tomadas de la luz del sol, la humedad del aire y las materias de la tierra Pero para fabricar los alimentos sintéticamente, se necesitaban costosísimas máquinas y enormes instalaciones, que los desdichados expatriados no estaban por entonces en condiciones de habilitar.

Treinta días después (30 días en la medida del tiempo de la Tierra) el autoplaneta Valera que había estado vertiendo en los cuatro planetas thorbod restantes a varios millones de Aznares, se dejó ver a los afanados exilados del planeta Exilo, que así había sido bautizado por los compañeros de Miguel Ángel.

Los infortunados desterrados suspendieron sus tareas para contemplar a la nueva luna que se había sumado a las tres que Exilo tenía y que brillaba en pleno día en cuarto menguante. Pero Valera no se detuvo por mucho rato. Su aproximación al planeta Exilo parecía inspirada en el exclusivo deseo de abrumar a los proscritos con su presencia, despidiéndose de ellos burlonamente antes de lanzarse a través del espacio, haciendo rumbo definitivo a los remotos planetas del cortejo de la Tierra.

Si en los crédulos corazones de algunos exilados alentó por unos minutos la esperanza de que Valera volvía para rectificar la injusticia de sus actuales dueños, ésta quedó prontamente disipada cuando el fabuloso planetillo lanzó un dardo azul y poderoso que parpadeó durante unos minutos transmitiendo un mensaje en morse:

«Los habitantes de Valera os despiden deseándoos una fructífera era colonizadora. Os hemos dejado en condiciones de levantar el más poderoso Imperio soñado por los Aznares. Suerte y adiós.»

- ¡Imbéciles! -Rezongó Miguel Ángel después de descifrar aquel mensaje-. ¿Qué necesidad teníais de venir a fastidiarnos? -Vea usted

eso, Miguel Ángel -señaló el profesor Castillo… Miguel Ángel miró y vio que todos los exilados, volviendo desdeñosamente la espalda al autoplaneta empuñaban sus herramientas y volvían a atacar la selva con nuevo y redoblado vigor. Ante este último gesto desdeñoso de la indomable tribu de los Aznar, Valera puso en marcha sus reactores y se adentró en el espacio para perderse de vista pocas horas más tarde. Los atareados exilados le ignoraron por completo, a pesar de que todos deseaban contemplar por última vez aquel vehículo portentoso que jamás volverían a ver.

Para entonces el aspecto de la colonia había cambiado por completo. La selva había retrocedido siete u ocho kilómetros, dejando un espacio liso, de suave declive hacia el mar, por donde cuadrillas de hombres y mujeres marchaban tirando de las maromas con que arrastraban los troncos más corpulentos.

Un pueblo hecho enteramente de cabañas de troncos con las rectas calles tiradas a cordel y también pavimentadas con troncos, se levantaba como surgido milagrosamente de la tierra. Los Balmer habrían sonreído tal vez al ver a sus aborrecidos rivales haciendo trabajos de bestia. Pero la contemplación de aquel populoso pueblo surgido en el espacio de un mes debió enojarles bastante por lo que del espíritu emprendedor de una raza decía.

En otros aspectos, el progreso de la colonia también era notable. Ya se veían grandes extensiones de tierra labradas y sembradas. Dado el clima y la fecundidad de la tierra, el profesor Castillo esperaba sacar dos cosechas de trigo en el presente año.

Junto al río se veía un astillero dónde el golpe de la azuela y el chirrido de las sierras de mano sonaba desde el alba hasta después de ocultarse el sol. Para proveerse de los metales que necesitaban para su progreso, los exiliados tenían que explorar las tierras y las lejanas montañas en busca de yacimientos de hierro. Y el medio de locomoción más cómodo y rápido era un Barco. Un barco de vela, naturalmente.

Miguel Ángel Aznar encontraba justa compensación a sus desvelos. Sus horas estaban tan ocupadas que no tenía tiempo para dedicarlo al recuerdo de su tragedia. Y cuando después de una dura jornada se tumbaba en su rústico catre, estaba tan rendido de fatiga que la imagen de su ingrata esposa apenas apuntaba en su mente unos segundos antes de caer en un profundo y tranquilo sueño.

Sentíase orgulloso de su gente. Allá en Valera, mimados por una existencia demasiado fácil, los Aznar podían haberse granjeado muchas antipatías a causa de su soberbia y su manía de mostrar sus méritos ante unos camaradas más modestos. Pero aquí, en Exilo, los inteligentes descendientes del primer Miguel Ángel de la familia se mostraban duros e inteligentes en el trabajo.

Su atávico afán de superación hallaba amplio campo donde emplearse. Una prisa febril les dominaba. Querían hacerlo todo de una sola vez.

- ¡Ah, cuando tengamos hierro y acero! -exclamaban chascando la lengua.

Y la caza del hierro y el carbón, materias primas insustituibles para erigir los cimientos del próspero imperio en que soñaban, se convirtió en una obsesión de la que ni el mismo Miguel Ángel podía escapar.

Cuando finalmente estuvieron construidos, botados y aparejados los tres primeros barcos, el profesor Aznar Vicente y su equipo de ingenieros metalúrgicos dispusiéronse a salir a la búsqueda y captura del hierro. Este existía sin duda en aquel planeta, aunque no necesariamente en las montañas de la cordillera que en los días claros surgía borrosamente del fondo del horizonte.

Quiere decirse con esto que los expedicionarios no tenían la seguridad absoluta de encontrar hierro en aquella su primera salida. Mas, así y todo, fue grande la expectación en la colonia y el entusiasmo en los viajeros escogidos para llevar a cabo la exploración.

Para entonces, la ciudad de madera había crecido prodigiosamente, y todavía continuaban construyendo casas. Los sembrados ofrecían un magnífico aspecto, con sus matas verdes que ya se levantaban un pie del suelo, prometedoras de una cosecha abundante pero por muy aprisa que creciera el trigo iba a llegar unos meses tarde para evitar privaciones a la colonia.

Miguel Ángel tuvo ocasión de comprobar por sí mismo las fantásticas cantidades de frutos silvestres que se necesitaban para abastecer una población de millón y medio de habitantes. Pronto la zona de selva más próxima a la playa quedó despojada. Los exilados tuvieron que adentrarse cada vez más profundamente en el bosque, navegar en almadías a lo largo de la costa y cruzar el río para traer alimentos de más lejos.

Con este motivo surgió un nuevo pueblo al otro lado de la desembocadura del río, que era muy ancho y caudaloso.

Sin embargo, los apuros de la colonia eran sólo cuestión de tiempo. La tierra era extraordinariamente fértil. Los sembrados crecían a ojos vista beneficiándose del clima tropical y de las copiosas y frecuentes lluvias. Y en la enorme granja, los primeros habitantes de pluma se multiplicaban prodigiosamente.

Nada más podía hacerse para abreviar el proceso de germinación y procreación que la Naturaleza tenía severamente reglamentado para sus especies. Y como el desarrollo de la colonia estaba en marcha y encomendado a buenas manos, Miguel Ángel cedió a la tentación de vivir la ansiedad de los que marchaban en busca de minerales y embarcó con ellos.

Los tres barquichuelos desplegaron sus velas al viento y zarparon entre los gritos de la multitud situada a ambas orillas del río. Este se deslizaba mansurronamente serpenteando por la dilatada llanura a cuyo extremo asomaban como nubes las cimas de las lejanas montañas. La navegación por el primitivo sistema de velas era obligadamente lenta, pese a no ser la corriente demasiado fuerte.

Ante los ojos absortos de los viajeros desfilaba la selva. Una selva extrañamente silenciosa, con un silencio opresivo y amenazador. Ni un pájaro, ni un insecto, ni una bestia, ni un pez se movían a través de los elementos principales de la vida: aire, tierra y agua. Sólo árboles inmensos, apretadas espesuras y marañas de vegetación intrincada desfilaban a uno y otro lado de los barcos.

- La selva es muy desagradable y triste sin seres vivos - comentó Miguel Ángel -. En cuanto tengamos reservas de animales dejaremos en libertad algunas parejas de caballos, de toros, de cabras y de cerdos, y también de gallinas, patos, pavos y pichones para que se reproduzcan y pueblen esta soledad.

Los días parecían eternos a través de la selva inmensa y silenciosa. Las crestas de la cordillera remota huían siempre ante la proa de los barcos. Estos eran una extraña mezcla de galera prehistórica, con una fila de grandes remos por banda. Los viajeros, exasperados por la lentitud del avance, se asían a los remos y bogaban con vigor para ayudar a las velas.

Esta era una forma de entretener sus ocios. La otra consistía en echar pie a tierra para abrirse paso entre la jungla a golpes de machete y hacer provisión de frutos silvestres. Por último, la conversación ocupaba la mayor parte del tiempo de los exploradores. Ni siquiera jadeantes por el esfuerzo de remar dejaban de charlar los expatriados. Estos soñaban ya con la serie de utilísimas máquinas que crearían a partir del acero.

- Si encontramos hierro y hulla en las montañas -decía el joven Ferrer, descendiente de una larga generación habilísimos ingenieros- este será el último viaje que tengamos que hacer por el río a fuerza de remos. Como hallar petróleo será una tarea larga y difícil, lo primero que construiré será una máquina de vapor que utilice la madera que tenemos en abundancia.

Las fantasmagóricas montañas iban dejándose ver más próximas con el tranquilo discurrir de las jornadas. El profesor Valera les echaba unos siete u ocho mil metros de altura sobre el nivel del mar. Desde luego, se veía que estaban cubiertas de nieves perpetuas.

Una mañana de aquéllas, cuando Miguel Ángel estaba descansando a la sombra de las velas de la fatiga de una larga bogada, el enervante silencio de la selva fue alterado por un sonido extraño a los nidos del ex almirante mayor.

- ¡Hola! -Exclamó poniéndose de pie-. ¿Qué es eso? -Parece un tambor -dijo Ferrer bostezando -. Los muchachos de los otros barcos deben estar bromeando.

Miguel Ángel miró hacia el barco que les seguía. Estaba tan cerca que podía escucharse el rumor de las voces de sus tripulantes.

- ¡Eh, Almirante! -Llamó el coronel Tortajada desde aquel barco haciendo bocina can las manos-. ¿Oye usted eso? ¡Es un tambor!

- ¿Quién lo hace sonar? - preguntó Miguel Ángel, también a gritos y sintiendo una vaga inquietud.

- ¡Nosotros no… ni tampoco los del barco que viene atrás! ¡El "tam-tam" viene de la jungla!

Un extraño erizón de frío recorrió la espina dorsal del joven y se clavó en su nuca. Los muchachos habían dejado dé remar y se ponían de pie sobre los bancos para mirar a una y otra orilla con recelo. El sonoro tam-tam ya no se oía.

- ¡Diablo, diablo! -dijo el profesor Ferrer reuniéndose con Miguel Ángel, y también los tripulantes de los barcos. El profesor Castillo salió de la tosca cámara de popa, sobre la que estaba de píe Miguel Ángel. Despertado de su sueño por el exótico percutir del instrumento misterioso, miró a su alrededor sin comprender qué cosa le arrancó de su siesta.

En el aplastante silencio que había seguido al fenómeno acústico, el ronco tam-tam del tambor volvió a percutir desde las misteriosas profundidades de la selva. Redoblaba de una manera peculiar, con súbitas paradas y saltos que parecían formar los ininteligibles signos de un lenguaje telegráfico. Batió durante un minuto y se detuvo. Y en la pausa, procedente de la lejanía, llegó como un eco el apagado redoble de otro tambor contestando a la llamada de los invisibles habitantes de la jungla.

CAPITULO SEXTO

EL CONTINENTE MISTERIOSO

Aquellos modernos exploradores estaban demasiado civilizados para creer en fantasmas y aparecidos. Sabían que no existía efecto sin causa y que el tambor oído existía y era manejado por alguien.

- ¿Qué me dice usted a esto, profesor Castillo? -interrogó Miguel Ángel con los ojos brillantes de excitación.

- Desde luego -dijo -, quien quiera que hizo sonar ese tambor es un ser dotado de inteligencia. - ¿Hombres, pues?

- Sí -murmuró el sabio mientras el misterioso tam-tam volvía a sonar sobre la jungla-. Escuche eso. Yo diría que es un mensaje

telegráfico.

- Seguro que lo es. Alguien contesta a la llamada desde lejos. Posiblemente hemos sido espiados sin saberlo, y los que manejan ese tambor transmiten el aviso de nuestra presencia a distancia.

- Deben de ser salvajes -aventuró Ferrer.

El profesor Castillo hizo una mueca. Su expresión era la de un hombre confuso, en lucha con una inquietante incógnita de difícil solución…

- ¿En qué está pensando, profesor? -preguntó Miguel Ángel

- En lo que acaba de decir aquí el compañero Ferrer. Es imposible que sean salvajes.

- ¡Toma! ¿Por qué? -interrogó Ferrer.

- Porque ni siquiera los insectos más pequeños pudieron sobrevivir al envenenamiento radioactivo de la atmósfera de este planeta, mucho menos admisible resulta, que se salvaran los hombres.

- ¿Quién sabe? -Protestó Ferrer-. Los thorbod que aquí vivieron poseían ya una civilización cuando sobrevino la catástrofe que les obligó a emigrar a la Tierra. Tal vez algunos se salvaron encerrados en herméticas ciudades subterráneas, con alimentos para dos o tres siglos a su alcance.

- En tal caso, los que hacen sonar ese tambor no pueden ser salvajes, sino miembros de una humanidad tal vez más adelantada que la nuestra. ¿No es eso?

- Sí, claro… - murmuró Ferrer perplejo -. Si hubiera habido hombres grises supervivientes conocerían la radio y la televisión. Y no andarían escondidos en la selva, sino tripulando platillos volantes o máquinas más perfectas.

- Hay que descartar por lo tanto la posibilidad de que nadie se salvara de la catástrofe -prosiguió diciendo el profesor-. Pero para que haya criaturas humanas en este continente tienen que haber venido de alguna parte, lo cual ya implica conocimientos sobre la navegación interplanetaria. Ahora bien; si una astronave nahumita hubiera arribado aquí accidentalmente y sus tripulantes hubieran tenido que acogerse a la hospitalidad de este mundo, ¿no habrían aplicado sus vastos conocimientos mecánicos y científicos a su vida, tal como nos proponemos hacer nosotros?

- Tal vez los hayan aplicado más al interior de este continente -insinuó Ferrer-. Aunque si fuera así debieran de tener aparatos de radio y no tambores para enviarse telegramas.

- Pues eso es lo que no acierto a explicarme -dijo Castillo. Miguel Ángel Aznar miró hacia la selva.

- Pudiera ocurrir que los náufragos nahumitas llegados hasta aquí en una época reciente no tuvieran, tiempo de desarrollar su colonia -insinuó distraídamente.

Los barcos, faltos de brazos que les impulsaran, habían acabado por inmovilizarse en el centro del río, con las velas colgando fláccidamente de las vergas. El invisible tambor seguía redoblando entre las espesuras.

- No parece que estén muy lejos -dijo Ferrer-. ¿Por qué no desembarcamos y vamos en su busca para echar un párrafo?

Castillo midió con los ojos la distancia que les separaba de la ribera y el espesor de los espadáñales, por encima de los cuales asomaban las copas de los gigantescos árboles.

- Sería temerario hacerlo en estos instantes. Ignoramos quiénes son, si están armados y cuáles serán sus intenciones. Ni siquiera sabemos si son seres como nosotros. Allá en la Tierra, el envenenamiento radioactivo de la atmósfera dio origen siglos más tarde a una monstruosa especie de plantas dotadas de libertad y una primitiva inteligencia.

- Sigamos adelante -propuso Miguel Ángel -. Si no damos muestras de temor ni deseos de atacarles tal vez se dejen ver.

Después de esto, los exploradores volvieron a empuñar los remos y los barcos continuaron navegando río arriba.

Todo el día estuviera escuchándose los tambores, a veces muy cerca del río, tal vez en las mismas copas de los árboles que se inclinaban sobre las aguas. Otras veces, lejanos y profundos, como un trueno amenazador rondando por el horizonte. En algunas ocasiones, los exploradores llegaron a ver revuelo de hojas y movimiento de arbustos en la floresta. Pero nunca una cabeza, un cuerpo, una mano o cualquiera otra parte de los seres desconocidos que les espiaban desde la orilla.

Llegó la noche. La navegación se interrumpió hasta que asomó por el horizonte una de las tres lunas de Exilo, la más pequeña y próxima de las cuales no vendría a tener más de 50 kilómetros de diámetro y daba cuatro vueltas justas cada día en torno al planeta. Los terrícolas la llamaban por esta razón «Curiosa», pues siempre estaba desapareciendo para volver a reaparecer siete horas y media después por el lado opuesto del horizonte.

Los tam-tams continuaron oyéndose durante toda la noche, ora a la derecha, ora a la izquierda de los expedicionarios, cual si acompañaran por tierra firme a los tres cascarones que avanzaban por la azogada lámina del sendero acuático con las velas hinchadas de viento. La insistencia y monotonía de su trueno empezaba a exasperar a los terrícolas. No había manera de dormir en aquella atmósfera caliginosa, con el ronco latir de tos tambores taladrando los oídos y golpeando el cerebro.

- ¡Esos tíos son unos pesados! -Rugió Ferrer-. ¿Qué pretenden con tanto aporrear los parches? ¡Ya sabemos que están ahí, que nos siguen

y nos celan! ¿Qué más quieren?

- Nuestra presencia parece excitarles sobremanera - murmuró el profesor Castillo tendiendo la vista sobre la bruñida superficie del río.

- Si la lógica no se opusiera a ello, creería que son realmente salvajes.

- ¡Pues claro que son salvajes! -Gruñó el ingeniero-. ¿Qué persona civilizada estaría dando el gran latazo con su tambor? Además, si fueran hombres grises o nahumitas de arribada forzosa, tendrían armas de fuego y se acercarían a nosotros sin Honor.

- Reconozco que estoy desconcertado -confesó Castillo.

Y en este mismo estado
de confusión seguían los expedicionarios al salir el sol y avanzar el día. La selva inmensa vibraba como la nerviosa piel de un caballo al conjuro de aquellos tambores obsesionantes. Sólo dejaron de escucharse cuando hacia el mediodía estalló una tormenta que había estado formándose desde la mañana. Pero cuando la tormenta se alejó con su cortejo de truenos y relámpagos, el enervante tam-tam volvió a taladrar los cerebros de los terrícolas.

Las orillas del caudaloso río estaban demasiado lejos para que los expedicionarios pudieran ver a simple vista a los seres que se movían en ellas. Y Miguel Ángel temía acercarse más por silos indígenas estaban armados de flechas o lanzas, como era de esperar. Sin embargo, por fuerza había de llegar el momento en que los barquichuelos navegarían al alcance de posibles armas arrojadizas, porque el río iba estrechándose con rapidez, encajonado entre cerros poblados de monte bajo donde la fuerza de la corriente era mayor y los remeros tenían que poner a prueba la resistencia de sus músculos.

Y fue entonces cuando los exploradores pudieron ver por vez primera a los escurridizos pobladores del bosque. Eran seres humanos, desde luego. Figuras humanas toscamente vestidas con una especie de mantas de vivos colores arrolladas al cuerpo, de largas cabelleras flotantes y ágiles movimientos, que se deslizaban de árbol en árbol y saltaban por los breñales, apenas entrevistos tras sus enormes escudos pintarrajeados, en forma de piragua, por encima de los cuales asomaban los extremos de largas y agudas lanzas.

- Temo que vayamos a echar mucho de menos un par de pistolas ametralladoras -murmuró Ferrer-. Aquellos estúpidos Balmer pudieron dejarnos algunos fusiles. ¿Qué mal había en ello?

- Yo tengo la única arma de fuego que existe en la colonia - repuso Miguel Ángel -. Aunque no es más que una modesta pistola automática sin más municiones que un cargador con nueve cartuchos. Y fue precisamente el único Balmer de la colonia quien la trajo aquí; el marido de mi hermana. José Luis Balmer.

- ¡Una pistola automática! -Bufó desdeñosamente el ingeniero-. De poco puede servirnos sin nada más que nueve cartuchos. Esos salvajes que nos siguen son lo menos un centenar.

Luis Ferrer exageraba, pero las escurridizas figuras de la manta liada al cuerpo eran de todas maneras más de cincuenta. Y podía haber centenares y hasta miles de ellos no muy lejos del río. Los mensajes telegráficos del tambor iban dirigidos a alguien, a los pobladores de una aldea, tal vez.

Los exploradores habían dado fin a sus escasas raciones de frutos silvestres y empezaban a sacrificar las conservas que reservaban para su excursión por las montañas, cuando escuchose en la lejanía un confuso tremor, como de truenos ahogados. Este trueno continuo, que aumentaba según los barcos remontaban la corriente, pronto fue identificado como el producido por un gran caudal de agua precipitándose por un cortado a pico.

- Una cascada -murmuró el profesor Castillo-. Era de esperar. Lo que es ahora no tendremos más remedio que desembarcar y hacer frente a los indígenas.

La cascada apareció ante los admirados ojos de los expedicionarios en la mañana del día siguiente. El río que les había servido para llegar hasta aquí se precipitaba limpiamente por un acantilado de unos cien metros de altura. A una respetable distancia de ella el estruendo era tan poderoso que los terrícolas tenían que gritar con todas sus fuerzas para poderse oír unos a otros. Del hervidero donde el río caía formando una bella cortina se elevaba una nube de agua pulverizada donde los rayos del sol se descomponían con todos los colores del arco iris.

- ¡Estupendo… magnífico… maravilloso! -chilló Luis Ferrer al oído de Miguel Ángel-. Este salto de agua representa para nosotros millones de kilowatios-hora y de caballos de fuerza. ¡Qué hermosa fábrica de electricidad levantaremos aquí!

Miguel Ángel pensaba en el presente. Saltando por las orillas del río podía ver a los indígenas armados de escudos y lanzas. Consideraba muy peligroso acercarse a ellos sin más armas que los machetes que traían para abrirse paso entre la selva, y su insignificante pistola automática de reglamento. Sin embargo no había más solución que desembarcar para salvar el obstáculo de la cascada o retroceder para emprender el regreso a la colonia.

El joven dio orden de desembarcar en la orilla derecha del lago formado por la caída de la cascada, donde las manchas de abigarrado color entre las matas parecían ser menos.

Cuando los barquichuelos pusieron proa a la ribera, los nativos retrocedieron para ir a ocultarse entre los árboles y matorrales. Miguel Ángel dispuso que el último barco se quedara a la expectativa

mientras el suyo y el que mandaba el coronel Tortajada atracaban a la orilla.

Las proas de los barcos tocaron en la ribera y los hombres saltaron a tierra empuñando con resolución sus largos machetes. Miguel Ángel se puso la automática en el cinturón, por lo que pudiera pasar, asió su machete y siguió a sus hombres.

Ya en tierra firme, el grupo volvió su mirada interrogante hacia Miguel Ángel.

- Los indígenas se han retirado, señor -anunció innecesariamente Tortajada-. Si nos alejamos de nuestros barcos pueden cercarnos por la espalda y obligarnos a luchar.

- Bien -repuso Miguel Ángel a gritos-. Pero por fuerza hemos de correr riesgos si no queremos estarnos aquí toda la vida.

Hizo un ademán decidido con la mano y echó a andar en dirección a los salvajes. Los sesenta y pico hombres que formaban la tripulación de los dos barcos le siguieron. El acantilado por el cual se despeñaba la cascada continuaba tierra adentro. Miguel Ángel lo examinó buscando algún punto por donde pudiera escalarse. Pero allí el acantilado estaba cortado por el pico.

Saltando de mata en mata, los indígenas retrocedían a medida que los terrícolas avanzaban. Estos todo era volver sus ojos a un lado y a otro, esperando nerviosos el momento en que los salvajes se decidieran a atacar.

Tortajada acudió corriendo junto a Miguel Ángel, le obligó a volverse tirándole de un brazo y le señaló a un grupo de indígenas que, surgiendo a sus espaldas, les cortaban la retirada. De la cascada era visible la nube de vapor irisada con todos los colores del arco iris, y el filo superior por donde las aguas se precipitaban al vacío. El continuo trueno del río despeñado hacía temblar la tierra bajo los pies de los viajeros.

- ¡Malo! -dijo Miguel Ángel, si bien nadie pudo oírle.

De pronto, un objeto cayó a los pies del joven. Este se volvió empuñando la pistola automática. Junto a sus pies, todavía vibrando, se había clavado una lanza.

Miguel Ángel
dedujo de aquello que los indígenas desconfiaban de ellos, pero no abrigaban sentimientos francamente belicosos. La lanza, arrojada a gran distancia por un brazo vigoroso, hubiera podido clavarse, no a sus pies, sino en su espalda, de haberlo querido quien la lanzó.

- ¡Quietos... quietos! -gritó Miguel Ángel a sus hombres, que habían corrido a agruparse en torno a él con los machetes en alto.

Los indígenas, por primera vez desde que se anunciaron con el enervante tam-tam de sus tambores, dieron muestras de resolución

irguiéndose tras los matorrales, abandonando la protección de los troncos y avanzando lentamente, paso a paso, medio ocultos por sus grandes y pintarrajeados escudos, por encima de los cuales asomaban los ojos y blandían su poco tranquilizadoras lanzas. Algunos llevaban arcos y flechas, con las que apuntaban también al nervioso grupo de extranjeros.

Miguel Ángel se humedeció los labios con el extremo de la lengua. Con el rabillo del ojo vio salir de la espesura a otro grupo de salvajes. Les habían encerrado en un semicírculo que iba empujándoles contra el acantilado. De pronto, las pupilas del caudillo terrícola centellearon curiosas. Los indígenas más próximos sólo estaban ya a veinte metros de distancia. ¡Y Miguel Ángel acababa de reconocer el busto, los largos cabellos y las formas redondeadas de las mujeres!

- ¡Cáspita, señor Aznar! -Gritó en el mismo instante el coronel Tortajada cerca del oído de Miguel Ángel -. ¿Sueño, o estoy viendo señoras muy bien puestas en vez de enjutos caballeros?

Miguel Ángel no contestó. Miraba con asombro a estas belicosas damas, y estaba viendo el bronceado de sus piernas desnudas, la corrección de sus facciones y el color de las flotantes cabelleras, entre las que había no pocas rubias. En vano buscó varones entre las amazonas. ¡Todas eran mujeres!

Los terrícolas, que maquinalmente asociaban al sexo femenino la dulzura de carácter, se sintieron bastante más aliviados al reconocer a sus encantadoras enemigas. Sin embargo, las armas que empuñaban las amazonas podían herir y matar igual que si estuvieran en manos de varones. Miguel Ángel así lo pensó.

- ¡Compañeros! -gritó-. ¡Vamos a abrirnos paso hasta los barcos!

En aquel instante, las amazonas estaban tan cerca de los terrícolas que casi podían tocarles con el extremo de sus lanzas. Los expedicionarios volvieron sobre sus pasos. Pero entonces se encontraron ante una valla de afiladas lanzas. Las indígenas sobrepasaban ahora el centenar, y todavía estaban saliendo del bosque muchas más.

Los jóvenes terrícolas apartaron con sus machetes la primera fila de lanzas y echaron a correr hacia la cascada. Pero las amazonas, con una agilidad prodigiosa y una fiereza impropia de su sexo, se arrojaron sobre ellos entablándose una violenta lucha cuerpo a cuerpo.

Miguel Ángel, pistola en mano, se enfrentó con una corpulenta amazona rubia que venía sobre él lanza en ristre. Aunque le repugnaba hacerlo, el joven no tuvo más remedio que disparar contra ella. Lo hizo procurando herirla solamente, y la joven guerrera cayó de bruces ante él con un balazo en la cadera.

El caudillo de los terrícolas tuvo que saltar ágilmente para esquivar la lanza que ya volaba por el aire. La lanza pasó por encima del

hombro de Miguel Ángel y fue a clavarse en el pecho de uno de los jóvenes terrícolas, al cual atravesó de parte a parte.

Los expedicionarios comprendieron un poco tarde que las mujeres no participaban de sus mismos escrúpulos, sino que tiraban a matar. Miguel Ángel vio caer al joven compañero sintiendo un arrebato de cólera. Aquel muchacho no hubiera muerto si él hubiera disparado a la cabeza de la amazona. Y si no a la cabeza, sí al corazón dé otra de sus enemigas disparó atravesándoselo limpiamente.

La guerrera rodó por el suelo a los pies de sus compañeras, las cuales cargaron al estilo de la vieja caballería ensartando a gran número de jóvenes terrícolas en sus lanzas.

Miguel Ángel hizo otros dos disparos a quemarropa contra sendas mujeres de flotantes cabelleras que le atacaban esgrimiendo unas espadas cortas. Hirió a una en el hombro, y la cuarta bala de su automática fue a alojarse en el busto de la otra.

Fueron los únicos disparos que hizo. El ejército mujeril cayó como una furia sobre el grupo, matando, hiriendo y derribando terrestres a la par que proferían agudos chillidos, los cuales ahogaban casi por entero el trueno de la cascada.

Una amazona saltó sobre la espalda de Miguel Ángel y le derribó al suelo. Inmediatamente, otras cinco o seis se abalanzaron sobre él. Tenían una fuerza tremenda. Una de ellas le propinó un terrible directo a la barbilla, otra le golpeó de plano con su espada en la sien.

Quedó aturdido durante unos minutos. Las mujeres le volvieron boca abajo, se sentaron sobre sus piernas y le doblaron los brazos hacia atrás hasta arrancarle un gemido de dolor. Tardó bastante tiempo en darse cuenta de que le habían amarrado las muñecas a la espalda, y para entonces ya había concluido la breve y sangrienta batalla.

Le pusieron en pie a empujones. La hoja de acero que le golpeó en la frente no debía ir completamente de plano, pues la sangre le manaba por una herida. Al volver la mirada en derredor vio a muchos de sus compañeros inmóviles en el suelo. Otros que estaban heridos, pero todavía vivos, eran rematados brutalmente por las fieras amazonas. De éstas se veían también muertas, y otras que estaban heridas y eran auxiliadas por sus compañeras.

Solamente una veintena escasa de terrícolas quedaban con vida. Entre éstos se contaba el profesor Castillo, que en aquellos momentos era obligado a ponerse en pie por dos forzudas muchachonas rubias.

Mientras se despojaba a los heridos de sus armas, los prisioneros fueron agrupados y obligados a andar en dirección opuesta a la cascada, con las agudas puntas de las lanzas cosquilleándoles en la espalda. Un importante contingente de aquellas extraordinarias luchadoras se alejó hacia el río. Miguel Ángel supuso que iban a

saquear los barcos.

Las amazonas les obligaban a andar con rapidez a lo largo del acantilado, dejando atrás el trueno de la cascada, hasta que al llegar a un sendero que trepaba por el abrupto terreno les obligaban a subir por él.

Al llegar jadeantes a la cima del acantilado, los terrícolas se volvieron para mirar hacia la cascada. Vieron al barco que se habían dejado en el lago alejándose apresuradamente de la orilla, donde un grupo de amazonas estaba lanzándoles una nube de flechas. Luego, las muchachas les empujaron con sus lanzas gritando en lengua thorbod:

- ¡Adelante!

Entre el moderno pueblo terrícola, y especialmente entre los astronautas de la Armada Sideral, se estudiaba obligatoriamente el idioma de los hombres grises y el de los nahumitas, dos razas que habían guerreado contra los hijos de la Tierra y de cuyas civilizaciones cabía esperar que se encontraran vestigios en los más remotos mundos del infinito Universo.

- ¡Miguel Ángel! -Exclamó el profesor Castillo alcanzando al joven y situándose a su lado-. ¿Ha oído usted eso?

- ¡Fuera… fuera! -dijeron las amazonas tirando del profesor hacia atrás.

Y entonces ocurrió una cosa curiosa. Miguel Ángel tardó bastante en caer en la cuenta de algo todavía más sorprendente. ¡La imperiosa orden de las amazonas, la última… había sido pronunciada en castellano!

Volviose con rapidez, quedando con los pies clavados en el suelo por el estupor. El profesor Castillo, que había sido víctima del mismo curioso fenómeno, también se hallaba como clavado en las ásperas rocas del sendero. Sus ojos, agrandados por el júbilo y la sorpresa, se encontraron con los de Miguel Ángel.

- ¡También hablan español! -murmuró el joven con voz ronca.

- ¡Vamos, adelante! -gritaron las mujeres, otra vez en la gutural lengua de los hombres grises. Y pinchando en el pecho de Miguel Ángel con las aceradas puntas de sus lanzas les obligaron a reemprender el camino.

CAPITULO SEPTIMO

AMATIFU

El áspero sendero que el grupo recorría serpenteaba entre los contrafuertes de la alta cordillera que ocupaba por entero el horizonte Los prisioneros observaron que, aunque a veces se apartaban del río, iban invariablemente a parar a él siguiendo su curso en dirección a la

cerrazón de las montañas. Una de las mujeres de la escolta llevaba un tambor de madera con parche de piel humana que hacía sonar casi sin interrupción. La exótica combinación de percusiones era, desde luego, un sistema telegráfico de mensajes. A medida que se internaban en la montaña, alejándose ahora para volver después al cada vez más angosto y revuelto río, iban uniéndose al grupo nuevos contingentes de mujeres armadas, nunca hombres, que contemplaban con infantil curiosidad a los prisioneros. Sólo una vez encontraron hombres en su camino, y esto fue al detenerse por unos momentos al pie de un acantilado horadado de viviendas trogloditas. Se trataba de una aldea. Todos los habitantes acudieron a curiosear a los extranjeros. Estos vieron allí algunos hombres dedicados a la compostura de una de las escaleras que daban acceso a las cuevas trogloditas, a moler grano en grandes y primitivos morteros de piedra, al acarreo de cántaros de agua desde el río y a la fabricación de estos mismos cántaros de arcilla. -Observe el idioma que habla esta gente -indicó el profesor Castillo a Miguel Ángel mientras descansaban y saciaban su sed-. Casi todo es lengua thorbod, salpicada con frecuentes vocablos castellanos, y tan corrompidos unos y otros que apenas si se entienden. ¿Qué le dice a usted esto? -Que estos individuos son de origen terrestre, igual que nosotros. He estado pensando en ellos mientras veníamos, y he llegado a la conclusión de que sus ascendientes fueron terrícolas traídos aquí por los nahumitas o la Bestia Gris. -Es lo mismo que estaba pensando yo. Solamente que he descartado la primera posibilidad. Los nahumitas no debieron ser quienes trajeron hasta aquí a esta gente, pues de lo contrario hablarían una mezcolanza de nahumita y castellano en vez de castellano y thorbod. Ahora bien; si esto quiere decir que cierto número de hombres grises se salvaron de la catástrofe de nuestros planetas y volvieron a su mundo de origen llevando estos prisioneros, ¿por qué no están aquí? -Tal vez estén y nosotros no hayamos sabido descubrirles - murmuró Miguel Ángel meditabundo. -Si en este planeta hubiera aterrizado una sola Bestia Gris, su obra se vería en todas partes. Esas extrañas criaturas poseen doble sexo y procrean sin la intervención de un sexo opuesto. Con el tiempo transcurrido desde el regreso del thorbod a este mundo, esas criaturas deberían haberse multiplicado profusamente. Y es inadmisible hablar de hombres grises y dejar a un lado su manera de ser. Si ellos estuvieran aquí hubieran transformado la faz de estos mundos convirtiéndolos en imperios tan prósperos y potentes militarmente como llegaron a serlo nuestros planetas bajo su signo. -¿Quiere decir con eso que no fueron los thorbod quienes trajeron hasta este mundo a la gente que nos rodea? -interrogó Miguel Ángel. -¡Oh, no! También yo pienso que vinieron aquí en calidad de prisioneros de los thorbod. Lo que trato de explicarme es por qué la

Bestia Gris abandonó aquí a sus prisioneros y se esfumó luego sin dejar rastro. -Sólo cabe una explicación. Los thorbod llegaron aquí con sus astronaves y desembarcaron a los prisioneros que traían desde Marte o Venus. Al encontrar desiertos sus mundos de origen se propusieron repoblarlos. Pero algo les hizo cambiar de idea. Tal vez tuvieran que escapar apresuradamente al venir por aquí alguna patrulla de astronaves nahumitas… que incluso pudo aniquilarlos en un combate pereciendo así el último superviviente de esa maldita raza. Mientras estaban descansando llegaron a la aldea troglodita las amazonas que fueron a saquear los barcos. Ellas traían también a sus compañeras heridas. Los miembros de la tribu troglodita fueron a contemplar llenos de curioso recelo las cajas de madera llenas de latas de conservas; las que Miguel Ángel había reservado para cuando marcharan por las montañas a la búsqueda de minerales. Entre los bártulos saqueados, Miguel Ángel alcanzó a ver los botiquines de urgencia. Uno de sus hombres tenía un enorme tajo en un brazo y se propuso curarle, si las amazonas se lo permitían. A este efecto se puso en pie y se dirigió a una de las muchachonas imitando el acento con que hablaban el idioma thorbod: -Uno de mis amigos está herido y perderá toda la sangre si no le curo. ¿Me permites tomar las medicinas de esa caja? - ¡Oh! ¿Hablas nuestra lengua? -exclamó la joven. Y tras una breve pausa, mientras contemplaba pensativa al terrícola y los hombres y los niños de la aldea les rodeaban curiosos, añadió: -Pero eres extranjero. Hablas muy mal nuestro idioma, y tus ropas son muy extrañas. -Somos parientes -aseguró Miguel Ángel-. Pero di, ¿me permites coger las medicinas de aquella caja? - ¿Eres curandero? -Sí -dijo el terrícola sonriendo. - ¿Puedes curarlo todo? -Puedo curar todo lo que no esté poseído del espíritu de la muerte. La amazona le miró con desconfianza, y luego fue a hablar en voz baja a sus compañeras. Estas asintieron y gruñeron algunas palabras mirando al terrícola. Miguel Ángel creyó que iban a darle permiso para curar a su compañero, pero no fue así. -Vamos, levantaos -ordenó la muchacha rubia a los prisioneros. Y volviéndose a Miguel Ángel añadió: -Si en verdad puedes curarlo todo, también podrás curar a Amatifu. ¡En marcha! El grupo reemprendió la caminata. El escabroso sendero serpenteaba entre los cerros bajos cubiertos de monte. De vez en cuando se deslizaban por el filo de abruptos precipicios, al fondo de los cuales se veían deliciosos cañones con tierras cultivadas y viviendas trogloditas perforadas en los acantilados. De allá abajo, el tam-tam del tambor saludaba el paso de la comitiva, que también hacía sonar el suyo ininterrumpidamente. Miguel Ángel dedujo de esto que el tambor anunciaba la victoria sobre los extranjeros y el número de prisioneros. Frecuentemente, grupos de amazonas y de niñas desnudas trepaban por los riscos y acudían para presenciar el paso de

la comitiva por el sendero. Invariablemente se burlaban de los terrícolas y les gritaban terribles insultos. Más adelante, el sendero se introdujo en un profundo cañón por el fondo del cual corría un riachuelo de aguas rojizas. Y al doblar un recodo, los terrícolas vieron una excavación descubierta donde trabajaban hasta dos centenares de hombres. Sobre los riscos, las centinelas amazonas erguían sus bellas siluetas vigilando la labor de los presos. - ¡Mire, señor Aznar! -Gritó el profesor Castillo-. ¡Una mina de hierro! Esta gente conoce y trabaja el mineral. Miguel Ángel asintió. Pensaba con amargura en las escasas posibilidades que él y sus compañeros tendrían de explotar esta mina. El sendero pasó ante la mina y siguió por el fondo del cañón. Una larga fila de hombres barbudos, doblados bajo el peso de unas cestas de mimbre llenas de mineral de hierro, se apartó para dejar paso a los terrícolas. El cañón se comunicaba con otro contiguo, y luego el sendero trepaba por un acantilado cortado a pico y continuaba rojizo y trajinado por nuevos cerros cubiertos de monte. Alcanzaron a otra reata de esclavos cargados con mineral de hierro y escoltados por mujeres armadas. No lejos vieron una espiral de humo que se elevaba en el cielo. Momentos después el sendero se bifurcaba. Ya no estaba cubierto del rojizo y codiciado mineral. Pero desde lejos, los prisioneros pudieron ver una excavación con negros montones de escombros a los lados. -Me lo figuraba -dijo el profesor Castillo tras Miguel Ángel-. Eso debe ser una mina de hulla. Los nativos funden y trabajan aquí mismo el mineral de hierro. La caminata continuó difícil y fatigosa, y al caer de la tarde llegaron a un grandioso cañón de paredes rojizas, por cuyo fondo murmuraba un arroyuelo de turbias aguas. El camino era ahora ancho y pasaba entre pequeños huertos de hortalizas y frondosos árboles frutales. Más adelante, el cañón se estrechaba y se veían las paredes perforadas de múltiples cavernas trogloditas, que formaban como las celdillas de un gran panal. Una multitud de abigarrado color salió a recibir a los terrícolas. Estos comprendieron que hablan llegado al término de su largo y fatigoso viaje. Las amazonas de la escolta ahuyentaron a golpes a los hombres y los niños e hicieron retroceder a las mujeres despejando un círculo en torno a los prisioneros. Por todas partes la autoridad de las mujeres se manifestaba sin dejar lugar a dudas. Los hombres eran siempre escasos, iban casi desnudos y tenían en los ojos la expresión humilde y resignada de los siervos apaleados. Los terrícolas se sentaron en círculo sobre el duro suelo. La amazona que parecía capitanear el grupo había desaparecido, pero otra de ellas ordenó que les sirvieran agua y comida. Media docena de barbudos trogloditas llegaron con un cántaro de agua, varios panes duros y algunas frutas secas. - ¿Qué cree usted que harán de nosotros estos marimachos, capitán? -preguntó uno de los muchachos a Miguel Ángel. -Lo ignoro. Tal vez nos pongan

a trabajar en las minas o dediquen nuestra fina piel a la fabricación de parches de tambor. - ¡Caray! ¡Pues sí que da usted ánimos...! -se quejó el joven clavando los dientes en un mendrugo de pan. La amazona rubia y alta reapareció abriéndose paso entre el apretado circulo de mirones. Se dirigió a Miguel Ángel. -Sígueme, curandero -le ordenó secamente en la áspera lengua de los hombres grises- Amatifu está muy mala. Tu la curarás o tu cabeza servirá para que jueguen las niñas de Brogh. Miguel Ángel se puso en pie mirando en rededor. -No veo mis cajas de medicinas -advirtió. -Tú ven conmigo - gruñó la moza. -Mi amigo también es curandero -señaló Miguel Ángel al profesor Castillo -. Su ciencia es tan buena como la mía. -Pues que venga también. Los dos hombres siguieron a la amazona por un talud arriba hasta llegar al pie del acantilado. Junto a la boca de una caverna estaban dos muchachas haciendo sonar sus pintarrajeados tambores con parche de piel humana. Una cortina de tejido fuerte y burdo con franjas de vivo color, cubría la entrada de la cueva. La amazona la apartó e invitó a los terrícolas a entrar. Miguel Ángel se vio en el interior de una fresca cueva, en una especie de antesala circular con las espaldas apoyadas en las paredes y los pies cruzados bajo el cuerpo, guardaban silencio e inmovilidad absoluta un concilio de veinte o más amazonas cuyos ojos brillaban en la penumbra al clavarse en los extranjeros. Al fondo había una segunda cortina, por debajo de la cual salía un rayo de luz. La muchacha rubia hizo señas a los terrícolas para que aguardaran un momento y se asomó a la cueva del fondo apartando la cortina. - Los curanderos extranjeros están aquí - anunció a alguien. -Que entren -contestó otra voz. Miguel Ángel y el profesor Castillo pasaron a la segunda cueva. Esta era un poco mayor que la antesala y apestaba a petróleo en bruto. El olor procedía de un cuenco que estaba en el centro de la cueva, sostenido por tres paras, en el cual ardía un líquido parecido al alquitrán. A la luz que irradiaba el petróleo en llamas, los terrícolas pudieron ver al fondo una yacija de hojarasca y gruesas mantas sobre la que estaba tendida una figura humana. Arrimadas a las paredes, ennegrecidas por la pátina del tiempo y la humareda de muchas lámparas primitivas, se alineaban las armas, los escudos, las ropas y los utensilios domésticos del dueño de la casa. También estaban allí, formando un montón junto a la puerta, las latas de conserva, las cajas de los botiquines, el velamen de los barcos saqueados y hasta la pistola automática de Miguel Aznar. A una seña de la amazona, los terrícolas se acercaron a la yacija. Esta estaba ocupada por una joven de tez bronceada, de ojos y cabellos muy negros, quien al acercarse Miguel Ángel volvió hacia él su bello y sudoroso rostro. -Esta es Amatifu, nuestra jefe -anunció la amazona rubia-. Las hechiceras de nuestra tribu aseguran que está poseída del espíritu de la muerte. Tú la curarás o morirás. -Desátame -ordenó

Miguel Ángel secamente volviéndose de espaldas y ofreciendo sus muñecas amarradas. - ¿Necesitas las manos libres para proferir tus conjuros? -Nosotros no curamos con palabras mágicas, sino con pócimas maravillosas. La amazona refunfuñó, pero despojó a los terrícolas de sus ligaduras utilizando un cuchillo. Miguel Ángel se arrodilló junto a la bella enferma. Esta clavó en él sus grandes y febriles ojos. - No temas -le dijo Miguel Ángel sonriéndole. -Amatifu no conoce el miedo - aseguró la muchacha con voz débil, pero enérgica. Miguel Ángel le puso la mano sobre la frente. Pero Amatifu apartó la cabeza con rapidez. La amazona rubia saltó junto al terrícola y le puso la punta de su cuchillo en la garganta. -Tú no tocar a Amatifu -amenazó con voz sibilante. -Creí que habías dicho que no tenias miedo, Amatifu - sonrió burlón el terrícola. -No miedo -aseguró la muchacha con fiereza. Y sacando su mano de bajo la manta tomó la diestra de Miguel Ángel y la llevó ella misma sobre su frente. -Tienes fiebre muy alta -murmuró el joven-. ¿Qué ocurrió? ¿Estás herida? ¿Comiste algo que te sentó mal? -Amatifu no herida. Enferma - murmuró la joven. Miguel Ángel la tomó de la muñeca y le buscó el pulso. Contó las pulsaciones de quince segundos. Las mujeres miraron también curiosas al magnífico cronómetro de diamantina, todo él transparente, que el terrícola llevaba en la muñeca. Los conocimientos de Miguel Ángel sobre medicina no pasaban de ser los corrientes entre cualquier miembro no especializado en esta rama de la ciencia. Había recibido una ligera cultura a este respecto, la estrictamente necesaria para diagnosticar una enfermedad corriente y saber administrar las drogas adecuadas al caso. En realidad no necesitaba más para curar a Amatifu. La Medicina había evolucionado tan prodigiosamente que se había llegado casi al sueño dorado de la doliente Humanidad: curarlo todo con media docena de drogas. Miguel Ángel fué al sitio donde estaban apilados los despojos de sus barcos. Sobre la tapa del botiquín estaba la pistola automática. La tomó y la puso en su cinturón sin que la amazona rubia protestara. Luego eligió las drogas que necesitaba, la aguja hipodérmica y volvió junto a la enferma. La enferma trató de incorporarse y la manta resbaló hacia abajo. Amatifu estaba desnuda bajo la manta. Ella, al sentir sobre sí la mirada de Miguel Ángel, tiró del borde de la tela y se cubrió el pecho, quedando arrimada, temblorosa y asustada, contra la pared del fondo. - ¿Vas a temer a esta pequeña aguja, tú que no temes a las lanzadas del enemigo? - se burló Miguel Ángel. - ¿Tú eres un mago, verdad? - ¡Mujer, tanto como un mago! -rió Miguel Ángel asiéndola del brazo. Y le pinchó con rapidez y habilidad. Amatifu soltó un pequeño grito. No de dolor sino de susto. Miguel Ángel le inyectó la droga y retiró la aguja. Buscó un tubo de comprimidos entre los frascos del botiquín. Las amazonas seguían todos sus movimientos aleladas. -Trágate esto -ordenó el

terrícola a la enferma poniéndole un comprimido entre los labios. La muchacha obedeció sumisa, y sus negras y hermosísimas pupilas estuvieron clavadas en las sonrientes y animosas del terrícola durante toda la operación. El joven leyó en aquellos ojos la confianza y el ansia de vivir. -No te preocupes -le dijo-. Tú vivirás. Se puso en pie y fue a cerrar el botiquín. - ¿Ya está todo? - preguntó la amazona rubia. -Sí. Dentro de una hora volveré a administrarle otra medicina. -Tú no moverte de aquí -aseguró la amazona echando mano de su cuchillo. -Está bien, mujer. No nos moveremos de aquí -repuso Miguel Ángel riendo. Los dos terrícolas, derrengados por el largo y duro viaje de todo el día, se echaron a dormir sobre los lienzos de lona que habían servido de velas a sus infortunados barcos. Miguel Ángel recomendó a la rubia amazona que le despertara al salir la luna «Curiosa», que los nativos conocían, según averiguó, con el nombre de Bolina, posible deformación de la palabra bola o bolita. Cansado como estaba, Miguel Ángel se durmió instantáneamente, ya acostumbrado al sonoro batir de los tambores que retumbaban en el umbral de la cueva. Despertó sin saber por qué y se incorporó sobre el lecho de lonas mirando en torno con sorpresa. En su embotada mente tardaron bastante en abrirse paso los recuerdos de la jornada. Y al recordar el lugar y la situación en que se encontraba todavía sintió su ánimo más deprimido por el pesimismo. La primitiva lámpara de petróleo seguía alumbrando la caverna, despidiendo un humo negro y sofocante. Miguel Ángel consultó su reloj de pulsera. Habían transcurrido casi dos horas y media desde que administrara a la enferma las drogas. En este momento, el profesor Castillo despertó también y se incorporó, quedando sentado sobre las lonas y mirando en torno con expresión sorprendida. -Estamos en poder de las amazonas -le recordó Miguel Ángel. - Lo sé… lo sé -murmuró el profesor-. No es eso lo que me estoy preguntando, sino el motivo par el cual me he despertado. ¿No encuentra usted algo extraño en el ambiente? Miguel Ángel miró hacia la enferma, y Luego hacia la puerta. - ¡Ya sé! -exclamó-. ¡Los tambores han dejado de sonar! El profesor se puso en pie y fue a apartar la cortina que comunicaba con la antesala. - ¡Oiga! -Llamó- ¡Aquí no hay nadie! Miguel Ángel fue a volverse también. La cueva exterior estaba vacía. -Si que es extraño -murmuró el joven. Y cruzando da cueva apartó la manta que cubría la boca y salió al exterior. Castillo le siguió. Se detuvieron en la oscuridad. Un silencio aplastante lo llenaba todo. Las estrellas lucían altas y limpias en el cielo, esparciendo una vaporosa claridad. Y, como unos momentos antes, también ahora echaban algo a faltar. -No se oye un alma -rezongó Castillo. Las pupilas de Miguel Ángel, acostumbradas ya a la oscuridad, creyeron distinguir el acantilado opuesto del cañón, aquel que estaba agujereado por las cuevas trogloditas como un panal de abejas. -Yo

diría que los indígenas han abandonado el pueblo - murmuró Miguel Ángel. -Eso temo. Pero ¿Por qué habían de hacerlo? ¿Ha muerto acaso Amatifu y sus súbditos se han dado a la fuga? -No me pareció que estuviera muerta. Y de haberlo estado, la amazona rubia nos hubiera asesinado mientras dormíamos. Le dije que me despertara al salir la luna… - ¡La luma! -gritó Castillo roncamente -. ¡Esto era lo que echaba a faltar! ¡Curiosa no se ve en el cielo! Miguel Ángel levantó los ojos hasta el cielo estrellado. Sentía un profundo y extraño malestar. Pero súbitamente se echó a reír. -Habrá eclipse de Curiosa esta noche, y tal vez los nativos interpreten esto como una señal de desgracia. -No hay eclipse de Curiosa esta noche, Miguel Ángel - repuso el sabio lentamente-. El profesor Valera estudió las evoluciones de estas lunas y le oí decir que Curiosa nos serviría de linterna todas las noches mientras durara nuestra expedición. -Se equivocaría. ¡Por fuerza tuvo que equivocarse! -Exclamó Miguel Ángel volviendo a sentir un hondo malestar-. Curiosa no puede haber abandonado su órbita sin más. A menos que… Se interrumpió, aniquilado por el pensamiento que acababa de penetrar en su cerebro por las puertas de la lógica. - ¿A menos qué, señor Aznar? -preguntó Castillo. - ¡Dios mío… no puede ser! Para que Curiosa se marchara de repente tendría que ser un satélite artificial de Exilo… ¡Un autoplaneta con movimiento de traslación propio… como Valera! -Pues si nuestros astrónomos no se han equivocado, lo que es difícil, Curiosa no es luna auténtica de este planeta, sino un orbimotor del tipo del nuestro. - ¿Quiere decir… un autoplaneta thorbod? -balbuceó el joven. -Sí, amigo mío. Un autoplaneta Thorbod. - ¡Entonces los teníamos aquí! -Gritó roncamente Miguel Ángel asiendo del brazo al profesor-. ¡Estaban ante nuestros ojos y no supimos verles! ¡Curiosa era un autoplaneta de los Hombres Grises! Castillo no contestó. Sobre el cañón volvió a caer el silencio amenazador, las paredes del cañón devolvieron fielmente el eco de las últimas palabras de Miguel Ángel Aznar: «¡Hombres Grises!-… ¡Hombres Grises!"… ¡Hombres Grises!…»

CAPITULO OCTAVO

HOMBRES GRISES

Al cabo de unos minutos, repuesto ya de la tremenda impresión, Miguel Ángel preguntó al profesor Castillo: - ¿Dónde cree usted que pueda estar Curiosa? -Tal vez esté camino de Nahum. Aquellos planetas serán fácil presa para los thorbod, ahora que nosotros hemos aniquilado a los nahumitas. - ¡Buena la hemos hecho! -Comentó Miguel Ángel con amargura-. Barrerán a la pequeña policía sideral que dejamos allá, se acomodarán en los planetas nahumitas con toda

tranquilidad, sabiendo que Valera tardará dos mil años en volver, y acrecentarán su poder de tal forma que nunca más podamos destruirlo. Porque fíjese usted en la jugada, profesor. Valera llevará a la Tierra la buena nueva de que derrotó a los nahumitas y estuvo en la patria de la Bestia sin encontrar rastro de los hombres grises. Nuestros planetas respirarán aliviados. Y cuando estén desapercibidos… ¡zas! Llegarán los thorbod con su escuadra de autoplanetas y barrerán de la faz del mundo nuestra civilización. -Temo que ocurra como usted dice, señor Aznar -murmuró el profesor lúgubremente. -Y nosotros, los exiliados de Valera, los únicos que conocemos la existencia de la Bestia rediviva, ¡hundidos en este maldito planeta, sin posibilidades de escapar de él y correr a dar la voz de alerta a los nuestros! - ¡Espere! -dijo Castillo levantando una mano. -Si el autoplaneta de la Bestia se ha marchado rumbo a Nahum invertirá por lo menos dos años luz en la ida y otros para la vuelta. En el mismo tiempo habrán transcurrido aquí cien o ciento cincuenta años. Si se han marchado sin dejar aquí ningún destacamento y nos damos prisa, podemos construir una astronave que zarpe rumbo a la Tierra antes de que los thorbod estén de regreso en este mundo. -Sí, claro -murmuró Miguel Ángel-. Pero teniendo que empezar por construir la primera fragua, habríamos de correr mucho para tener lista esa astronave antes de que los thorbod regresen de Nahum dispuestos a emprender la colonización de sus planetas nativos. Además, los hombres grises no se habrán marchado sin eliminar el peligro de que escapemos de aquí. A buen seguro habrán mandado un destacamento de buques para aniquilar a nuestra colonia. - ¿Porqué habían de hacerlo? -Protestó Castillo-. Si partimos de la base de que los thorbod acarician la idea de rehabilitar estos mundos, lo que es lógico, lo más probable es que estén contando de antemano con nuestra colaboración. Han tenido tiempo de sobra para espiarnos y comprobar que hemos arribado a este planeta sin máquinas ni artefactos bélicos, prácticamente desnudos. Ahora bien, si para colonizar estos mundos todavía tendrán que acarrear grandes contingentes humanos desde Nahum, ¿No sería absurdo asesinar a unos colonos inofensivos como nosotros, que están trabajando ya para ellos y se habrán multiplicado para la fecha de su regreso? Miguel Ángel Aznar movió la cabeza en sentido negativo bajo la difusa claridad de las estrellas. -Usted no cree en lo que está diciendo, profesor - murmuró-. Usted sabe que la Bestia Gris es la criatura más astuta de la creación y nada deja al acaso. La idea de dejarnos con vida, afanándonos para colonizar sus mundos y simplificándoles la tarea, es buena para los otros cuatro planetas de esta galaxia donde también hay exiliados terrícolas. Allí, nuestros compañeros andarán paso a paso las sucesivas etapas de la colonización, antes preocupándose de asentar cimientos de un imperio que de construir

astronaves con que regresar a la Tierra. Pero es vano confiar en que los thorbod respeten la vida de nuestra colonia, profesor Castillo. De los cinco grupos desembarcados en otros tantos planetas, al nuestro le ha correspondido la peor de las desgracias. Hemos visto esfumarse a Bolina de nuestro cielo y hemos colegido que se trataba de un autoplaneta thorbod. Naturalmente, si los hombres grises nos dejaran en paz, todos nuestros esfuerzos irían encaminados a partir de ahora a construir una aeronave... ¡una por lo menos! que llevara a la Tierra nuestro mensaje agorero. Pero los hombres grises son demasiado astutos para fiarse de nuestra debilidad. No nos permitirán vivir más de un día. Porque además ¿Sabe usted? Sospecho que en este planeta hay "dedona", el metal que nosotros empleamos para construir nuevas astronaves. Puesto que Bolina estaba aquí y no es cualquiera de los otros cuatro planetas, es fácil deducir fue construido poco a poco mientras daba vueltas sobre Exilio, lo más cerca posible de los yacimientos de "dedona". Miguel Ángel Aznar dejó de hablar y el silencio volvió a pesar sobre sus cabezas, más denso, más amenazador que nunca. Y como el profesor Castillo no pronunciara palabra, el joven murmuró: -Tal vez nosotros seamos los únicos supervivientes del millón y medio de desgraciados que los Balmer depositaron en Exilo. Vea si encuentra a Tortajada y a los demás por alguna de esas cuevas. Tengo que inyectar de nuevo a Amatifu. El profesor echó a andar a lo largo del acantilado dando fuertes voces y Miguel Ángel entró en la cueva. Amatifu dormía profundamente. Despertó sobresaltada al sentir el pinchazo de la aguja hipodérmica. - ¿Y Brita? -interrogó mirando en torno con alarma. - ¿Te refieres a la mujer de los cabellos rubios? Se ha marchado con los demás. Todo el pueblo se ha ido. - ¿Por qué? -preguntó Amatifu abriendo mucho sus grandes ojos. -Veamos si esto te da una pista. Mi amigo y yo acabamos de descubrir que esa luna que vosotros llamáis Bolina ha desaparecido del cielo. - ¡Se marchó Bolina! -gritó la joven con terror. Y fue a saltar de su yacija. Pero entonces debió recordar que yacía desnuda bajo la manta y gritó: - ¡Vuélvete de espaldas... quiero vestirme! El joven obedeció. -Te advierto que estás demasiado débil para andar -le dijo. -Amatifu es fuerte -contestó la joven. - ¿Te propones huir también? ¿Qué objeto tiene esa fuga? -La tradición dice que un día Bolina desaparecerá del cielo y que ello será la señal para el principio de las calamidades que empezarán a azotar al mundo y acabarán por destruirlo todo en el fuego. -Si ha de ocurrir así, lo mismo da que te quedes esperando tranquilamente que echarte a correr por ahí como alma que lleva el diablo. -Amatifu huye y tú debes huir también si no quieres morir fulminado. Miguel Ángel oyó el crujido de las hojas del lecho. La amazona apareció a su lado y el joven la contempló admirado. Era alta, esbelta y bien formada. El continuo ejercicio había desarrollado mucho sus espaldas. Su talle era

fino, pero los bíceps y los muslos gruesos y musculosos. La joven dio unos pasos decididos en dirección a la salida. Pero pronto empezó a tambalearse, se detuvo llevándose las manos a la cabeza y empezó a caer. Miguel Ángel corrió hasta ella y la recibió en sus brazos. -Ya te lo dije -farfulló mientras hacia fuerza para tenerla en pie-. La droga que te administré es casi milagrosa, pero deja a uno sin fuerzas para nada. Amatifu caía y Miguel Ángel la tomó en brazos. Pesaba como un plomo, toda ella hueso y músculo. Su fuerza, en estado normal, debía ser superior a la de muchos hombres. El terrícola era también muy fuerte, sin embargo. Levantándola en vilo cruzó la cueva y volvió a depositarla con suavidad en el lecho. Ella le miró de una manera nueva y singular. -Eres fuerte, extranjero -murmuró-. ¿De dónde vienes? Nunca habíamos visto por aquí seres vestidos como vosotros. ¿Cuál es tu pueblo? ¿Cómo te llamas? -Mi nombre es Miguel Ángel, Mi pueblo hace poco que llegó a esta tierra y vive ahora junto al mar. -Lo sé. Me disponía a emprender una expedición contra vosotros cuando un espíritu maléfico se metió en mi cuerpo. Pero tú me has salvado. Eres libre de volver con los tuyos. Ve a decirles que una gran calamidad se cierne sobre el mundo. -Ya es tarde para evitar esa calamidad, Amatifu -repuso Miguel Ángel moviendo tristemente la cabeza-. Mi pueblo debe haber sido aniquilado ya, o no tardará en serlo. Tal vez los únicos supervivientes seamos los hombres que vosotras hicisteis prisioneros… si es que la Bestia Gris no nos descubre. El profesor Castillo irrumpió en este momento en la cueva a la carrera. - ¡Miguel Ángel! -gritó roncamente señalando hacia afuera-. ¡Lo que temíamos… La bomba atómica… acaba de estallar! Miguel Ángel empalideció al tiempo que el corazón se le paralizaba en el pecho. Echó a correr como un gamo hacia la salida, apartando de un manotazo la cortina exterior, y llegó a tiempo para ver cómo se extinguía un lívido fulgor en el cielo. - ¡Ha sido por el lado del mar! -anunció el coronel Tortajada con voz estrangulada. Los terrícolas liberados por el profesor Castillo estaban allí, reunidos en silencioso y apretado grupo. Debían haber sido enterados de la desaparición de Bolina y de los temores que abrigaba Miguel Ángel. Hubo una larga y dramática pausa. Y de pronto llegó hasta las montañas la onda sonora de la explosión atómica. Un trueno ensordecedor cuyo eco devolvieron las paredes del cañón y que se desdobló en mil truenos pavorosos mientras la tierra temblaba y caían de lo alto del acantilado glebas de tierra y pedruscos. Mentalmente, Miguel Ángel vivió la hora apocalíptica de la explosión. Un abrasador globo de fuego estallando sobre millón y medio de desgraciados. Una ciudad laboriosa construida de troncos que era barrida por el revés monstruoso de la tremenda explosión y empezaba enseguida a arder. Y millares de hombres, de mujeres y de niños, pereciendo instantáneamente,

arrojando chorros de sangre de la boca, la nariz y los oídos… rodando entre la ruinas de sus cabañas… convertidos a su vez en teas llameantes. Y su adorada madre, su hermana Estrella, su sobrina Merceditas, su valiente amigo José Luis Balmer, ¡todos! Todos muertos, destrozados, abrasados! - ¡No… no! -gritó cubriéndose los ojos con las manos. Y girando sobre sus talones entró dando traspiés en la habitación troglodita, se arrojó de bruces sobre el lío de lonas y lloró bajo la mirada de Amatifu, la brava jefe del pueblo de las amazonas.

* * *

Un amanecer lívido flotaba en el espacio sin atreverse a penetrar en el profundo cañón horadado de viviendas trogloditas. Ni un pájaro, ni un susurro en las copas de los árboles frondosos acudió a saludar al alba. La naturaleza muerta, petrificada, surgía lentamente ante los absortos ojos de Miguel Ángel Aznar, aterido de frío en el umbral de la cueva de Amatifu. La larga noche huía al conjuro de la luz, pero en la dolorida alma de Miguel Ángel reinaban todavía las sombras y la confusión. Había salido allí para refrescar su frente calenturienta. Sus compañeros, rendidos de cansancio y con los miembros entumecidos a causa de las ligaduras, habían se dormido uno tras otro vencidos por el silencio del trágico velatorio. El profesor Castillo, acurrucado en la cueva donde dormía Amatifu, rumiaba palabras ininteligibles moviendo la cabeza y agitando los brazos como un demente. Miguel Ángel seguía pensando en su madre, en su hermana y su sobrinita, y lamentaba no haber estado en la colonia cuando ésta fue arrasada por la bomba atómica. Era el último Aznar de una larga familia abrumada por la desgracia. ¿Y qué le quedaba por hacer? ¿Pedir a la bella Amatifu que le ocultara de los thorbod? ¿Huir con sus hombres hacia la selva o las montañas para ver llegar el término de su vida como una bestia perseguida sin piedad? El joven terrícola exhaló un profundo suspiro y volvió los ojos hacia el cielo, como rogando a Dios que le iluminara en las tinieblas que le envolvían. Y fue aquí donde el angustiado corazón de Miguel Ángel saltó precipitadamente en su pecho, mientras la sangre se le helaba en las venas. Porque sus ojos acababan de detenerse en un objeto que flotaba sobre el cañón. Un objeto muy alto y pequeño que para los expertos ojos del terrícola sólo podía tratarse de una aeronave. Paralizado por la sorpresa, el joven quedó observando al aparato durante unos instantes. Estaba descendiendo sobre el cañón. En aquel momento, como se daba en los parajes ecuatoriales, el sol irrumpía en el horizonte como un inmenso globo de fuego disparado hacia las alturas, sin apenas gradación de luz entre la noche y el día. La aeronave centelleó entonces como un ascua

y surgió rápidamente de la vaguedad para tomar forma. - ¡Un platillo volante! -exclamó Miguel Ángel. Y dando un brinco se plantó en la antecueva de Amatifu, donde sus siete compañeros dormían en las posturas más diversas e incómodas. - ¡Tortajada! -gritó Miguel Ángel en la penumbra -. ¡Vamos… arriba todo el mundo! Dando puntapiés a diestra y siniestra, Miguel Ángel escuchó maldiciones y gruñidos de los muchachos. - ¿Qué rayos ocurre ahora? -rugió el coronel desde un rincón. - ¡Arriba! ¡Un platillo volante thorbod está descendiendo sobre el cañón! Decir aquello y saltar todos como impulsados por un muelle fue cuestión de un segundo. Tortajada se precipitó hacia la salida, apartó la cortina de un manotazo y sacó la cabeza mirando al cielo. - ¡Cristo! ¡Pues es verdad! -Exclamó dejando caer la manta y poniéndose junto a Miguel Ángel de un salto-. ¿Qué hacemos, jefe? ¡Esos vienen por nosotros!. -Sí, por nosotros vienen -repuso Miguel Ángel rechinando los dientes con rabia-. No se han hecho esperar. Seguramente siguieron todo nuestro viaje con sus telescopios desde Bolina y saben donde pueden encontrarnos. - ¡No tenemos salvación! -Gimió uno de los muchachos más jóvenes retorciéndose las manos-. Nos harán polvo con sus cañones y ametralladoras ¡Y nosotros sin un fusil con que defendernos! - ¡Voto al diablo! -Bramó Tortajada-. Pues con fusil ó sin fusil, yo no me voy al otro barrio sin llevarme por delante a uno de estos tipejos. Esto diciendo, Tortajada blandía un machete por encima de la cabeza. El profesor Castillo surgió de la cueva interior inquiriendo la razón de aquellas voces. Miguel Ángel se lo explicó y luego añadió: -Nos tienen cogidos en esta madriguera. Si salimos ahora nos verán y nos ametrallarán desde su aparato. Si nos quedamos aquí tendrán que venir a buscarnos, pero el fin será el mismo. - ¡Ahí están! - anunció un muchacho atisbando por entre la cortina. Miguel Ángel le empujó a un lado para mirar a su vez. El platillo volante, que vendría a medir unos 25 metros de diámetro, había descendido en el fondo del cañón. Pero no se apoyaba en tierra, sino que estaba suspendido un metro sobre el terreno. - Es una máquina construida de dedona -murmuró Miguel Ángel. - ¡Oigan! -Exclamó Tortajada, que se había puesto a mirar por el otro lado-. ¡Con esa máquina me comprometía yo a regresar a Nahum en busca de ayuda para luego volar a la Tierra! Las palabras del coronel abrieron un surco de esperanza en la abrumada alma de Miguel Ángel. Era solamente una esperanza remota, débil y tímida pero esperanza al fin. - Si lográramos apoderarnos de ese platillo volante podríamos tal vez llegar hasta la Tierra y dar aviso del resurgir de la Bestia Gris -murmuró tímidamente. - Bueno -susurró Tortajada -. Perdidos como estamos podemos jugárnoslo todo a una carta e intentarlo. -Intentarlo, sí -contestó uno del grupo- ¿Pero cómo? - ¡Miren! La tripulación se dispone a saltar a tierra! Miguel Ángel miró y vio, en efecto que de la

parte inferior del platillo caía hacia fuera una sección que formaba una escalera. Y por esta escalera descendieron, uno tras otro y con los fusiles ametralladores al brazo, hasta cinco hombres grises. Ninguno de los allí presentes había visto jamás un hombre gris de carne y hueso, pero todos habían tenido ocasión de contemplarles en películas retrospectivas, filme tomados en los tiempos en que la Humanidad luchó contra aquellas crueles criaturas. Por lo tanto no les costó reconocerles. Eran muy altos, fornidos y de movimientos un poco torpes y grotescos. Sus cabezas eran enormes, doble que la de un terrícola, y eran notables por sus frentes abombadas, sus ojos redondos y de pupila hendida, sus cráneos pelados, sus orejas puntiagudas y la corta y repulsiva trompetilla que se movía sobre una boca todavía más impresionante. Vestían unos monos de color plateado, que centelleaban bajo los rayos del sol que había comenzado a lanzar sus rayos sobre el fondo del cañón. -Se disponen a registrar las cavernas -masculló Miguel Ángel viéndoles señalar hacia los acantilados. Los cinco thorbod se separaron. Una pareja marchó hacia el acantilado fronterizo. La otra pareja vino en dirección a donde estaban ocultos los terrícolas. El quinto se quedó junto al platillo volante. Los terrestres se agitaron inquietos mientras los hombres grises avanzaban unos metros, se detenían a treinta yardas de distancia del acantilado y se echaban las ametralladoras a la cara. Sonó una descarga breve, que el eco centuplicó a lo largo del cañón. Los thorbod estaban disparando un par de proyectiles explosivos atómicos en el interior de cada cueva. Volaban por el aire pedazos de roca arrancados de las bocas de las cavernas trogloditas. Los thorbod levantaban los fusiles y disparaban con certera puntería contra otra gruta. - ¡Maldita sea! - Gruñó Tortajada-. Si continúan así nos van a cazar como conejos. -Pues así van a continuar hasta ametrallar todas las cuevas - aseguró Miguel Ángel-. Si no nos matan las explosiones en el acto moriremos lentamente por la radioactividad. Los Balmer debieron considerar innecesario proveernos de drogas para anular los efectos de los rayos gamma. - ¡Ya nos la hicieron buena aquellos idiotas! -murmuró uno de los muchachos. Y ya no hablaron más. Los thorbod continuaban ametrallando metódicamente las viviendas trogloditas. Realizaban su trabajo con rapidez, como si tuvieran prisa en acabar, y el violento restallar de las explosiones iba aproximándose al lugar donde estaban los terrícolas. Estos nadaban materialmente en sudor frío, las bocas fruncidas y los pies moviéndose con nerviosismo. Miguel Ángel atisbo entre las cortinas y se volvió hacia sus amigos. -Sólo nos queda una posibilidad de escapar -anunció con voz ligeramente temblorosa-. Me quedan cinco cartuchos en esta pistola y me tengo por buen tirador. Ahora, cuando se acerquen los thorbod para ametrallar estas cuevas, voy a salir de repente y a disparar contra

esos dos. Por lo menos tres de ustedes saldrán conmigo. Calculo que los hombres grises tardarán dos o tres segundos en reaccionar y volver contra nosotros sus ametralladoras. Y entonces tirarán al buen tuntún. Si tengo suerte y mato a los dos, los que salgan conmigo correrán a apoderarse de sus ametralladoras y abrirán el fuego, uno contra el thorbod que está junto al platillo volante; el otro contra los dos thorbod que andan por el otro lado del cañón. El ruido de las explosiones ahogará el estampido de mi pistola. Es casi seguro que los del acantilado opuesto no nos oirán, y tampoco nos verán porque nos dan la espalda. - ¿Y si falla usted por lo menos uno de los tiros? - preguntó un muchacho -. ¿Qué pasará? - ¡Toma! -Gruñó Tortajada-. Eso no se pregunta, pollo. El otro thorbod nos hará migas con su ametralladora. Miguel Ángel sacó la automática, quitó el seguro y examinó su mecanismo. El fragor de las explosiones se aproximaba por instantes. Tortajada se ofreció para salir el primero en pos de Miguel Ángel, y escogió entre los demás muchachos a otros tres. - Cuantos más seamos, más desconcertaremos a los thorbod -. Anunció-. Ustedes dos tiran por la derecha. Ricardo y yo correremos hacia los hombres grises. Esperaron tensos y nerviosos. Miguel Ángel espió a través de la rendija, cuidando no tocar la tela que podía denunciarles. Vio a los dos thorbod a menos de 30 metros de distancia, disparando contra cuevas superiores del acantilado. Era una distancia demasiado larga para hacer blanco seguro y aguardó. Los thorbod regaron con proyectiles atómicos aquellas cavernas y se acercaron cinco metros más. Uno de ellos empezó a recargar su ametralladora. Era una ocasión estupenda para salir. Pero todavía demasiado lejos. El thorbod acabó de recargar y continuó disparando con su compañero. Las explosiones hacían temblar el techo y las paredes de la caverna. - ¿Pero aguarda usted a que empiecen a disparar contra está cueva, señor Aznar? - preguntó el joven exasperado. Tortajada le hizo callar propinándole un empujón. - ¡Cállese, idiota! ¿Quiere echarlo todo a perder? El jefe sabe bien lo que se hace. El jefe sudaba a mares en aquellos instantes. Los thorbod ametrallaron todas las cuevas que tenían enfrente y se corrieron hacia la caverna de Amatifu. Entonces estaban a sólo dieciocho o veinte pasos. - ¡Vamos! - dijo Miguel Ángel amartillando la automática y empuñándola con resolución. Y tras una corta espera, mientras calmaba sus nervios excitados, anunció- ¡Ahora! Salió corriendo de la cueva y se detuvo en seco, con la automática apoyada en la cadera. Uno de los thorbod se volvió. ¡Bang! La automática saltó en la mano de Miguel Ángel. La bala fué a clavarse certera en la abombada frente del hombre gris. Pero el segundo se volvía ya con la ametralladora a la altura de la cadera. ¡Bang! ¡Bang! Los dos disparos se convirtieron en uno solo entre el fragor de las explosiones de los otros thorbod que ametrallaban el

acantilado opuesto. El segundo hombre gris giró como una peonza y se derrumbó pesadamente en tierra. Tortajada y los otros muchachos corrían ya, unos hacia la derecha, otros hacia las Bestias Grises muertas. Miguel Ángel sabía que el thorbod del platillo volante les verla con toda probabilidad. Tal vez corriera a esconderse en el platillo volante. De cualquier forma había que entretenerlo hasta que Tortajada recogiera las ametralladoras. Se volvió hacia el fondo del cañón. El thorbod les habla visto y echaba mano de su fusil ametrallador. Miguel Ángel disparó contra ellos los dos cartuchos que le quedaban en la automática. Las balas debieron silbar cerca de la Bestia Gris. Esta corrió a buscar resguardo de una roca próxima. Y en este momento, Tortajada levantaba un fusil ametrallador del suelo y se lo echaba a la cara. ¡Ratatatá! La ametralladora tableteó en las manos del coronel, y cada estampido se reprodujo enormemente ampliado en sendas explosiones contra la roca donde el thorbod habla corrido a guarecerse. El otro muchacho, Ricardo, se apoderó de la segunda ametralladora, apoyó la rodilla en tierra y apuntó. Los dos hombres grises que estaban al otro lado del cañón se volvieron. Ricardo apretó el gatillo y las balas atómicas silbaron a través del cañón para levantar una polvareda a los pies de los thorbod. Estos se arrojaron o rodaron involuntariamente por el talud. Pero Ricardo continuó disparando como un loco contra ellos hasta agotar todo el cargador. Para entonces, el hombre gris que estaba junto al platillo volante había caído ya de espaldas al riachuelo, alcanzado por los certeros proyectiles del coronel. El tiroteo duró treinta segundos, al cabo de los cuales dejaron de disparar las ametralladoras y sólo se escuchó el retumbar de los ecos entre las paredes del cañón. Ahora, todos habían quedado inmóviles, esperando la reacción que pudiera llegar del platillo volante. Pero el platillo volante continuaba suspendido a un metro de altura sobre el suelo, sin que nada indicara que la tripulación se dispusiera a elevarse o a barrer a los atrevidos terrícolas con las ametralladoras que sobresalían de la cúpula central. -No tendremos tanta suerte… -murmuraba Miguel Ángel sin apartar los ojos de la nave- ¡Sería demasiada fortuna! Y el platillo votante seguía inmóvil. - ¡Mire que si no hubiera nadie dentro! -rió Tortajada nerviosamente. Miguel Ángel echó a andar talud abajo. En la diestra empuñaba con fuerza aquella pistola automática que ya no podía servirle para nada. Los demás miembros del grupo salieron de la cueva y empezaron a bajar el talud en dirección al riachuelo. Iban despacio, sin apartar los ojos de la máquina con la respiración en suspenso y los corazones latiéndoles atropelladamente. Miguel Ángel y Tortajada llegaron al mismo tiempo ante la escalerilla de acceso al platillo. Se miraron, sorprendidos por haber llegado hasta allí, y sin que mediara palabra empezaron a subir la escalerilla. Esta les llevó hasta una

cámara circular de techo muy bajo, en medio de la cual se levantaba un gran bloque de motores. No se escuchaba más rumor que el zumbido de las máquinas. No había nadie. Los dos hombres se aseguraron dando la vuelta al bloque de motores para reunirse al otro lado, frente a una escalerilla de acero que conducía al piso superior. Miguel Ángel, ya más confiado, trepó por la escalerilla y asomó la cabeza a la cámara de derrota. Esta era igualmente de forma circular y tenía en el centro cuatro pequeñas cabinas. Tortajada exploró las cabinas mientras Miguel Ángel paseaba su mirada sorprendida por los sillones vacíos, los múltiples mandos y los cuadros de instrumentos, donde brillaban lucecillas de diversos colores y se movían saetas indicando el normal funcionamiento de los motores. - ¡No hay miedo! - gritó Tortajada. El resto del grupo se precipitó en el platillo volante. Hasta el profesor Castillo subió. Y mientras los muchachos reían nerviosamente, Miguel Ángel le preguntó al científico: - ¿Comprende usted esto? - ¿El qué? -Nunca vi actuar a la Bestia con tanta negligencia. ¿Por qué bajaron todos? -Podían hacerlo, no esperaban que tuviéramos armas de largo alcance. - ¿Pero cómo vinieron tan pocos en este platillo? ¿Será posible que sea el único aparato que los hombres grises hayan dejado en Exilo al partir hacia Nahum? - No lo sé. Pero para el objeto que perseguía: lanzar una bomba atómica que aniquilara nuestra colonia, y capturarnos a los demás, no hacía falta mucha gente. Miguel Ángel se acarició la barbilla pensativo. - ¡Bueno! -dijo Tortajada -. Al fin y al cabo. ¿Por qué habían de ser golpes de mala suerte? ¿Y qué importa si hay uno o más platillos volantes? Yo no me ocuparía siquiera en averiguarlo. Me elevaría en el gire y procuraría alejarme de aquí lo mas rápidamente posible. No creo que haya dificultades para guiar este cacharro. Aquí, menos el profesor Castillo y yo, todos han sido miembros de la Armada Sideral. -No. No habrá dificultades por ese lado -repuso Miguel Ángel. Y animándose añadió: -Vayan a la cueva, recojan los botiquines y las conservas y tráiganlo acá. Si este platillo ha de volar hasta Nahum la principal dificultad estará en contar con alimentos para dos años. Tomen también a Amatifu y tráiganla aquí. Los muchachos saltaron a tierra y corrieron alegremente hacia la cueva de la amazona. Volvieron poco después cargados con cajas de conservas. La esbelta y bella amazona venta también apoyándose en el hombro de uno de los muchachos. Se detuvo aterrorizada ante la máquina. En realidad, ella ignoraba que se trataba de una máquina voladora. Quizás se le antojó una enorme roca que había caído en medio de la cañada desprendida desde el acantilado. - Amatifu -le dijo Miguel Ángel cuando bajó a ayudarle-. ¿Quieres venir con nosotros? Esto es… una casa voladora, que puede llevarnos a cualquiera de las lunas que hay en el cielo en unas pocas horas. Aquello era demasiado fuerte para la amazona. Ella desconocía

el uso de la palabra «volar», ya que nunca había visto un pájaro surcar el aire sosteniéndose solamente con sus alas. Miró asustada al enorme platillo volante y retrocedió. -Tú mago -balbuceó -. Tú capaz de ir a las lunas si quieres. Pero Amatifu… -No tengas miedo. - Amatifu jamás miedo. Si tú gustas llevarme… Amatifu va. -Pues arriba. La amazona subió penosamente por la escalerilla. Temblaba mirando aquella casa tan extraña. Pero su curiosidad infantil se sobrepuso al miedo. Quizás hubiera saltado a tierra de tener idea del vuelo que iba a realizar. Pero su fantasía no podía concebir siquiera lo que significaba flotar en el espacio. El platillo volante despegó y ella ni se dio cuenta. Miguel Ángel Aznar empuñaba los mandos de la máquina. En la pantalla de televisión veía el suelo a vista de pájaro. Votaron siguiendo el curso del río hacia el mar. Dejaron atrás la cascada trágica y siguieron adelante. Sus compañeros no apartaban los ojos de las pantallas del radar, temerosos por si se tropezaban con algún platillo volante. Poco después, Miguel Ángel veía navegar no abajo un barquichuelo. Era el único superviviente de los tres que empezaran la excursión una semana atrás. - ¿No vamos a recoger a esos? -preguntó el coronel. - Luego. Vamos primero a ver lo que queda de nuestra colonia. La colonia o lo que de ella quedaba, apareció segundos más tarde ante los tristes ojos de los terrícolas. La apocalíptica bola de fuego había aniquilado todo en diez kilómetros a la redonda. Allí donde se levantaba la ciudad de madera sólo quedaba una enorme mancha negra. Campo, hombres y bestias ¡todo había sido aniquilado! El platillo volante dio una vuelta en torno a la mancha de cenizas y volvió a remontar el río.

CAPITULO NOVENO

SUPERVIVIENTES

¡Atención! -Gritó uno de los muchachos inclinándose sobre una pantalla de radar-. ¡Algo se mueve en el espacio a ochocientos kilómetros de distancia!

Miguel Ángel Aznar se sobresaltó irguiéndose en su asiento.

- ¿Dónde? -interrogó.

- Delante de nosotros. Acaba de surgir del horizonte y se eleva con rapidez.

Miguel Ángel volvió a inclinarse sobre los mandos. Asió las palancas que controlaban el rumbo de la aeronave, pero no las movió.

- ¡Por todos los diablos del averno, señor Aznar! -Masculló el coronel Tortajada-. ¡Tire por donde quiera, pero apartémonos del camino de esa aeronave! ¡Nos van a descubrir!

- Su radar debe habernos descubierto al mismo tiempo que el nuestro denunciaba su presencia -murmuró Miguel Ángel clavando sus oscuras pupilas en la pantalla de televisión-. Hemos de seguir adelante. Si viramos y nos damos a la fuga sospecharán y…

El zumbador del aparato de televisión interrumpió a Miguel Ángel. Todos volvieron con rapidez para quedar inmóviles, mirando hacia el televisor. En el cuadro de mandos de aquel aparato, una lucecilla roja se encendía y apagaba anunciando que alguien deseaba comunicar con el platillo volante.

- ¡Zambomba! -exclamó Tortajada -. Los thorbod quieren decirnos algo. ¿Qué hacemos?

- Contestar -repuso Miguel Ángel deteniendo la ascensión del platillo volante y abandonando el sillón del piloto para acercarse al radiovisor.

La tripulación, silenciosa y preocupada, siguió con los ojos los rápidos movimientos de Miguel Ángel. Este se situó ante el aparato, examinó brevemente los mandos y tiró de una palanquita.

La pantalla se iluminó, y en ella apareció en relieve y a todo color la repulsiva cara de un hombre gris. Las pupilas hendidas de los grandes y redondos ojos del monstruo parecían clavadas en el rostro pálido y alterado de Miguel Ángel. Este sabía, no obstante, que el thorbod no podía verle. El control que había movido en el cuadro de mandos era el de recepción de imágenes y sonido, mas no de transmisión de su propia imagen.

- ¡Diga! - gruñó Miguel Ángel en el áspero y gutural idioma de los hombres grises, que todos los terrícolas estudiaban obligatoriamente en su infancia y perfeccionaban en especial los miembros de la Armada Sideral al ingresar en las academias de Astronáutica.

- Teniente lfitg informa a comandante Tugrt -dijo el thorbod en su brutal y desagradable idioma -. Volamos en un radio de mil pests alrededor del pueblo de los animales explorando la selva como Tugrt ordenó. Descubrimos que algunos millares de animales cruzaron la jungla en las últimas jornadas y alcanzaron la ciudad muerta de Kart, donde ahora están refugiados.

Por encima del radiovisor, Miguel Ángel Aznar y el profesor Castillo cruzaron una mirada de alegría y estupor. En aquel instante, uno de los jóvenes astronautas abría la boca para lanzar una exclamación de sorpresa. Pero el coronel Tortajada, que también acababa de comprender la trascendencia del error de aquel teniente lfigt, se abalanzó sobre el imprudente y le tapó la boca con su mano al tiempo que susurraba indignado:

- ¡Silencio, idiota! ¿Quieres perdemos?

Miguel Ángel Aznar quedó paralizado por la sorpresa. Los «anímales», para la Bestia Gris, eran los hombres que crearon una

civilización en el planeta Tierra. Así, pues, los «animales» que habían cruzado la selva para refugiarse en aquella desconocida Kart sólo podían ser miembros de la colonia terrícola establecida junto a la desembocadura del río que Miguel Ángel remontó para explorar las lejanas montañas.

La noticia de que había supervivientes de la colonia de los Aznar, confirmada por los mismos que la arrasaron, llenó de sorpresa y júbilo a Miguel Ángel. El joven hizo una enérgica llamada a todo su valor y sangre fría y preguntó, remedando la fuerte pronunciación nasal de los thorbod:

- ¿Estos animales están todavía en Kart?

- Sí, Tugrt. Se han refugiado en los subterráneos y sólo arrojando bombas de gases o dándoles caza uno por uno lograremos desalojarlos de allí.

Miguel Ángel cruzó una nueva mirada de regocijo con el profesor Castillo. Luego miró pensativamente a la imagen en color que vivía en la pantalla del radiovisor. Su cerebro trabajaba velozmente buscando la forma de deshacerse de aquel molesto acompañante. Y la solución no tardó en acudir a su mente.

- Vamos a volver a la colonia de los animales -dijo imitando el acento de los thorbod-. Hemos de asegurarnos de que no hay supervivientes. Y sí queda alguien con vida, siquiera sea moribundo, tenemos que recogerle para hacerle algunas preguntas.

- Tú ordenas, Tugrt -repuso el oficial thorbod con la brusquedad de los de su raza-. Te sigo.

Miguel Ángel cortó la comunicación. La repulsiva imagen del hombre gris desvaneciose en la pantalla. Hubo un breve silencio mientras el joven cruzaba la cabina y volvía a tomar asiento ante los mandos de la aeronave.

- Este lfigt cree haber estado hablando con un tal comandante Tugrt que nosotros matamos esta mañana en la aldea troglodita de las amazonas. Ignora que este platillo volante está tripulado por «animales». Si podemos mantener en el engaño a ese oficial thorbod durante unos minutos más, le ordenaré que aterrice en nuestra colonia y que desembarque con toda su tripulación so pretexto de buscar y recoger moribundos. En cuanto los thorbod se hayan alejado unos pasos de su máquina los barreremos desde el aire con nuestras ametralladoras.

- ¡Bravo! - gritó el coronel Tortajada descargando una brutal palmada en las espaldas de uno de los jóvenes astronautas.

- ¿No será demasiado audaz, Miguel Ángel? -Murmuro Castillo-. ¿Y si ese oficial thorbod es más astuto de lo que creemos y ha fingido no darse cuenta de su error para lanzarnos un torpedo que nos haga pedazos cuando estemos descuidados?

- Me tengo por buen imitador de acentos extranjeros. Creo que ese lfigt no ha sospechado nada.

- No se fíe de la impasibilidad de la cara de ese thorbod. Los hombres grises tienen la sangre más fría que un carámbano. Ese lfigt es capaz de haber descubierto alguna incorrección en el acento de usted y aparentar que se traga la bola.

- Pronto saldremos de dudas. Si nos siguen con su platillo volante es porque nos cree amigos. De lo contrario se apresurará a virar en redondo para llevar el aviso a donde esté su base.

- ¿Y si se acerca para torpedearnos? -interrogó el sabio con desconfianza.

- Podemos estar tranquilos por ese lado. Los proyectiles de estas máquinas están sin duda construidos como los nuestros. El torpedo que lfigt nos largara no haría explosión. Porque, como es natural, un proyectil robot sabe distinguir al amigo del enemigo, y no actúa contra aparatos de sus propias fuerzas aéreas.

- Tiene usted razón. Había llegado a olvidar que este platillo volante es thorbod -murmuró el sabio.

Miguel Ángel volviose hacia el joven que vigilaba la pantalla del radar.

- Volvamos a nuestra colonia -murmuró Miguel Ángel empuñando los mandos y haciendo virar en redondo a la aeronave.

Volvió el paisaje a desfilar rápidamente ante los sorprendidos ojos de la bella Amatifu. El platillo volante, como una de aquellas piedras que lanzaban los antiguos pastores con sus hondas, dibujaba en el espacio un amplio arco en su caída hacia la superficie de Exilo. El coronel Tortajada fue a situarse tras el respaldo del sillón que ocupaba Miguel Ángel.

- ¿Por qué no ordenó al oficial thorbod que nos condujera hasta esa «ciudad muerta» donde se han refugiado los supervivientes de nuestra colonia? -preguntó.

- Por el sencillo motivo de que sé positivamente dónde está esa colonia y puedo abrir marcha hasta allí sin despertar sospechas. ¿Qué hubiera pensado el teniente thorbod de un oficial superior que daba señas de ignorar el emplazamiento de Kart, la ciudad muerta?

- Comprendo -refunfuñó Tortajada-. Lo difícil será luego para dar con esa ciudad. Si, como el nombre parece indicar, es una de las antiquísimas ciudades de los hombres grises que antaño vivieron en este planeta, a buen seguro que estará sepultado bajo la selva.

- Si nuestros compañeros dieron con ella mientras exploraban la selva, más fácil será de hallar para nosotros desde el aire y con el auxilio del radar -contestó Miguel Ángel.

El coronel Tortajada no volvió a hacer objeciones. Entre otras razones, porque descendían ya sobre el río, y el supersensible radar

del platillo volante thorbod denunciaba la presencia en el suelo de diversos y pequeños objetos metálicos, tales como arados, sierras, hachas, machetes y otras herramientas de acero diseminadas a lo ancho de la enorme mancha de cenizas que señalaba el emplazamiento de la desdichada colonia de terrícolas.

Al volar sobre el caudaloso río y reducir su tremenda velocidad, Miguel Ángel dirigió el objetivo de la cámara de televisión hacia atrás. De esta forma le fue dado ver al platillo volante que le seguía, el cual había acortado la distancia que les separaba dejándola reducida a menos de cinco kilómetros.

Miguel Ángel volvió a enfocar la cámara hacia adelante y abajo. La colosal mancha de cenizas de la colonia apareció bajo, sus plantas. El joven inmovilizó la máquina sobre aquel paisaje de desolación y muerte, abandonó los mandos y volvió junto al televisor.

Pulsó el botón de llamada y, casi al instante, la pantalla se iluminó enmarcando la horrible faz y los anchos hombros del oficial thorbod. Como antes, la imagen del joven terrícola no se reproducía en la pantalla del platillo volante próximo.

Miguel Ángel aspiró con fuerza el aire preparándose para la última prueba. Tal vez aquel lfigt empezara a encontrar sospechosa la insistencia de su superior en no mostrarle su rostro. La disciplina era más que espartana entre los hombres grises, y el teniente jamás osaría insinuar a su jefe que le mandara su imagen. Pero el pensamiento era libre, no podía sujetarse a disciplinas y sanciones, y lfigt podía pensar para su capote que aquel comandante estaba comportándose de forma muy extraña.

- Comandante Tugrt comunica a teniente lfigt -dijo Miguel Ángel imitando la pronunciación nasal de los hombres grises y rogando a Dios que su oyente no descubriera el engaño-. Descienda sobre el terreno y desembarque con su tripulación. Busque entre los cadáveres. Si encuentra algún moribundo, recójalo. -Tú mandas, Turgt -contestó el oficial thorbod.

Sudando a chorros por todos los poros de su cuerpo, Miguel Ángel cortó bruscamente la comunicación para quitar a su subordinado toda ocasión de continuar aquella peligrosa conferencia.

- Ya está -suspiró volviéndose hacia el profesor Castillo-. Confiemos en que todo salga bien.

El sabio contestó con un desapacible gruñido. Todos los ojos estaban fijos ahora en la pantalla de televisión, que como una gran ventana apaisada se abría en la pared de la cabina por encima del puesto de los pilotos.

Contra lo que temían y esperaban, el platillo volante tripulado por los hombres grises empezó a descender suavemente hacia tierra y se detuvo, quedando flotando en el aire, a una altura de dos metros sobre

el suelo. Transcurrieron dos o tres minutos sin que se abriera la escotilla de la máquina.

- Estarán poniéndose los trajes especiales contra la radioactividad - murmuró Miguel Ángel, más para tranquilizarse a sí mismo que por animar a sus compañeros.

- También nosotros llevamos a bordo algunos de esos trajes - dijo uno de los jóvenes astronautas -. Los he visto en la cabina de abajo.

- Pues vaya usted con otros dos o tres compañeros abajo y pónganse esos trajes -dijo Miguel Ángel -. Si todo ocurre como esperamos, ustedes desembarcarán para subir a bordo de ese platillo y hacerse cargo de él.

Cuatro ex-pilotos de la Armada Sideral Expedicionaria Terrícola descendieron al piso de abajo. En este momento, una sección de la parte inferior del platillo volante encuadrado por la pantalla de televisión caía fuera formando una escalerilla por la que bajaron dos thorbod provistos de escafandras y enfundados en una especie de monos muy holgados de un tejido especial.

- ¡Ya están bajando! -exclamo roncamente el coronel Tortajada.

Miguel Ángel corrió a ocupar su puesto ante los mandos de la aeronave. Estaba a unos doscientos metros por encima de los hombres grises. Mientras el joven terrícola hacia descender más su maquina, los thorbod continuaban saltando a tierra hasta completar un total de ocho. Iban armados con pistolas eléctricas y empezaron a andar por entre las cenizas de la colonia mirando a derecha e izquierda.

Miguel Ángel aguardo unos minutos por si alguien descendía del platillo volante.

- Bueno -suspiro al cabo de la tensa espera-. Si queda alguien mas a bordo de esa maquina habremos perdido el tiempo y la ocasión de apoderamos de ella.

A su alcance tenia los mandos a distancia de las ametralladoras emplazadas en el borde del platillo. Una plaquita de acero las señalaba claramente en jeroglíficos thorbod.

Miguel Ángel apretó el botón. En la pantalla apareció un retículo de líneas blancas, semejantes a una simétrica tela de araña sobre el fondo a todo color de las imágenes. Las ametralladoras, la pantalla y los dos asientos de los pilotos giraban juntos a lo largo de las paredes del platillo volante. El joven terrícola no tuvo más que hacer deslizar el chasis de su asiento hacia un lado y mover hacia abajo el control de la pantalla, hasta que el círculo central de la tela de araña estuvo sobre la imagen del hombre gris que andaba al extremo de la línea. - ¡Duro con ellos, señor! -murmuro uno de los muchachos que estaban tras el sillón. Miguel Ángel apretó el botón disparador. Los proyectiles volaron dejando tras de sí ígneos penachos de muerte y estallaron a los pies del thorbod haciéndole pedazos. Los cañones giraron hacia la

derecha siguiendo la línea de fuego y polvo en el suelo mientras recorría la fila de bestias hasta convertir en fragmentos el último thorbod. La ráfaga solo duro cinco segundos. Miguel Ángel soltó el botón disparador y contemplo a través de la pantalla las nubes de humo y polvo provocadas por las explosiones. -No han quedado ni los rabos -rezongo Tortajada tras sus espaldas. - ¡Listos, señor! -gritaron desde la escotilla de la cabina inferior los muchachos que habían ido a ponerse los trajes especiales contra la radioactividad -. ¡Preparados para desembarcar! Miguel Ángel movió los mandos de la maquina sin peder de vista el platillo volante enemigos. Este después del tiroteo atómico, continuo inmóvil, flotando a dos metros escasos del terreno. El platillo volante de los terrícolas descendió suavemente yendo a inmovilizarse muy cerca del otro. - ¡Salten! -grito Miguel Ángel abriendo la escotilla. La pantalla de televisión que momentáneamente oscura al surgir ante su objetivo las espaldas de los muchachos que corrían ya a ocupar el platillo volante. Se les vio salvar a la carrera la distancia que separaba a las dos maquinas y precipitarse por la tendida escalera. Siguieron unos minutos de expectación, mientras esperaban oír de un momento a otro el retallar de las pistolas eléctricas dentro del platillo volante thorbod. Pero ningún ruido alarmante llego de allá. La escotilla empezó a cerrarse, y en el mismo instante se escucho el zumbador del televisor. El coronel Tortajada salto hacia el aparato y tiro del interruptor. En la pantalla apareció la sonriente faz de uno de los jóvenes astronautas que habían ido a ocupar el platillo volante. - ¡Sin novedad, amigos! -grito alegremente-. Los thorbod desembarcaron todos y no encontramos a nadie a bordo de esta maquina. - ¡Gracias a Dios! -murmuro Miguel Ángel dejando escapar un profundo suspiro. Y alzando la voz ordeno-: Tomen el mando de ese platillo y echen tras nosotros. - ¿Dónde vamos? -A buscar a los supervivientes en esa ciudad muerta. Luego volaremos hasta los planetas vecinos para advertir a nuestros compatriotas del peligro que corren. Finalmente, alguien de nosotros deberá volar a Nahum para pedir ayuda a nuestra gente y emprender a continuación el regreso a la Tierra con posibilidades de llegar. Los hombres de la cabina se miraron unos a otros sonriendo. ¡Regresar a la Tierra! Aquella si que era una buena perspectiva, y lucharían por lograr su objetivo. El platillo volante se elevo sobre la selva.

FIN

Abandonados por la tripulación del autoplaneta VALERA en un mundo desconocido, los numerosos miembros de la familia Aznar se encuentran, por los designios de un cruel destino, reducidos a la condición de modernos robinsones. Aquí, en un medio hostil, los Aznar tendrán numerosas oportunidades de demostrar su valor, su ingenio y la inquebrantable fortaleza de espíritu, características de su noble y execrado apellido.

EL ENIGMA DE LOS HOMBRES PLANTAS

es la nueva novela de George H. White; un apasionante relato lleno de sorpresas y peripecias en la prosecución de las aventuras de la famosa "saga de los Aznar", cuya proyección cósmica abarca ya varios milenios de la Historia del futuro de la Humanidad.

LUCHADORES DEL ESPACIO

15 PTAS.